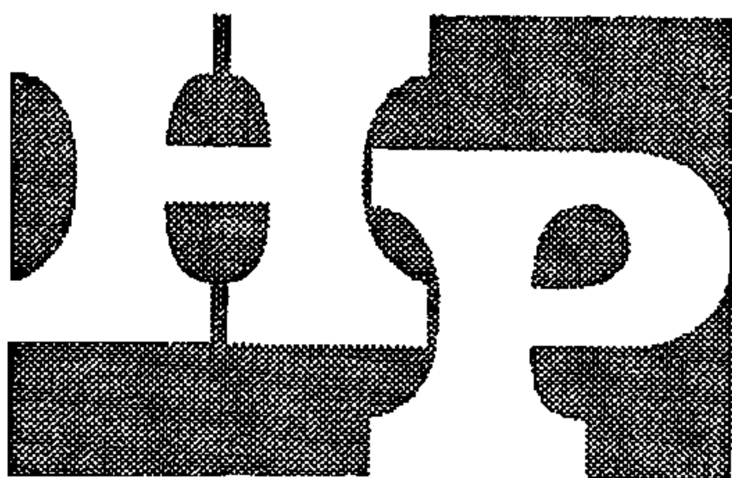




TODOS ESPERABAN LA MUERTE



SILVER KANE





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

TODOS ESPERABAN LA MUERTE

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.º 475
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA · BOGOTA · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B. 42.509 —1978
Impreso en España —Printed in Spain
2.ª edición: lebrero, 1974
Silver Kane 1971
Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BREO LERA. S. A.
Mora la Nueva,' 2. Barcelona (España)
Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréts del Valles
(N-152,
Km. 21.650) Barcelona - 1474

INTRODUCCION

Los cinco hombres que estaban apoyados en las rocas de la colina, con los rifles a punto, tenían el sol de espaldas. Distinguían nítidamente la llanura a sus pies y distinguían, sobre todo, los tres jinetes que se acercaban.

Esos tres jinetes tenían el sol de cara.

Las anchas alas de sus sombreros les permitían ver bien el suelo que se extendía delante de sus caballos. Pero cuando alzaban un poco la cabeza, para mirar hada las colinas, el sol poniente les daba en los ojos. Así era imposible que vieran lo que les estaba aguardando.

Los cinco hombres apostados arriba habían contenido casi la respiración.

Todos iban zafiamente vestidos. Tenían aspecto de no haberse lavado en una semana. La barba les llegaba hasta el pecho, y como el sol picaba aún, tenían que rascarse continuamente.

Acariciaron sus rifles.

Sus rifles eran la cosa que más amaban y mejor conocían en este mundo.

Uno de ellos musitó:

—Van a llegar a la raya.

La «raya» era una línea más o menos imaginaria que los cinco hombres habían trazado en el paisaje, y que indicaba el lugar exacto a partir del cual sus rifles empezaban a ser mortalmente eficaces. En cuanto los tres jinetes la pasaran, podían considerarse en zona de muerte.

Y la pasaron.

Cinco rifles se pusieron lentamente en posición de tiro. Tres de ellos apuntaban a tres hombres. Los otros dos quedaban como en

reserva. Uno batiría la zona de la derecha y otro la zona de la izquierda del grupo. Así, si alguno de los jinetes lograba escapar después del primer disparo, caería indefectiblemente en la zona de fuego de las otras dos armas, que ya estarían dispuestas.

Cada segundo parecía un minuto entero. El tiempo se hacía interminable.

De pronto se oyó suavemente la voz:

—Ahora…

Tres rifles crepitaron uno tras otro en una cadencia casi musical. Los tres jinetes se estremecieron, dando un extraño salto sobre sus sillas.

Desde el sitio en que estaban los asesinos, se oyeron los gritos de agonía.

Pero sólo el jinete del centro cayó para siempre. Los otros dos aún consiguieron mantenerse a caballo, y trataron de dispersarse huyendo uno por la derecha y otro por la izquierda, como era elemental que hiciesen.

Los otros dos rifles entraron en juego entonces.

Sonaron dos disparos más.

Y los dos jinetes que aún trataban de salvarse cayeron definitivamente, mientras lanzaban un segundo grito de agonía.

Los asesinos se pusieron en pie.

Unas sonrisas satisfechas flotaban en sus bocas.

—Trabajo terminado.

—Ya están listos.

—Ale, abajo.

Los cinco descendieron poco a poco, pero con tal lujo de precauciones que incluso uno fue delante para «explorar» el terreno y ver si alguno de los caídos se movía. No podía decirse que ninguno de los asesinos fuera un dechado de valentía, ni mucho menos.

Pero los tres individuos estaban bien muertos. Con los pies y los cañones de los rifles los fueron volviendo poco a poco.

—A ver, el dinero…

—Éste lleva un reloj de oro.

—Y éste un anillo donde hay un brillante.

—Cuerno. Aquí hay mil dólares.

—Y este otro lleva al menos quinientos en monedas de plata. No

sé cómo podía cabalgar el tío, con lo que pesan.

—No es mal golpe.

—¿Qué queda más?

—Uno de ellos lleva documentos. Los otros nada.

—Los documentos no nos importan. Al contrario, podrían comprometernos.

—Vamos a registrarlos otra vez, no sea que dejemos alguna cosa. Sacadles las botas también y mirad los forros de las chaquetas. Hay billetes que se esconden en esos sitios.

—De acuerdo. Pero aprisa. Puede llegar alguien.

El nuevo registro resultó infructuoso. Los muertos ya no llevaban encima nada más que fuese de valor.

—Hala, fuera de aquí.

—Arreando.

Los cinco asesinos volvieron a las colinas, tras las cuales estaban ocultos los caballos.

Pocos minutos después se habían alejado, dejando a sus espaldas tres muertos desvalijados completamente.

Todo eso ocurría en Nebraska, en las inmediaciones del río Blue, que muere en el río North Platte. Nebraska, una tierra tranquila y pacífica donde las haya…

* * *

Tan tranquila y pacífica que al anochecer sonaron disparos otra vez en aquella misma zona.

Ahora se trataba de algo distinto.

Quince hombres perseguian a uno solo.

El que galopaba sólo se había fugado poco antes de la prisión de Alliance, un poco más al norte, y llevaba tres horas forzando su caballo al máximo. Tenía miedo de que el pobre animal cayera reventado de un momento a otro.

Claro que sus perseguidores no debían, estar mucho mejor.

Pero, si eran quince, llevaban veinte caballos. Eso indicaba que, en un caso extremo, disponían de cinco monturas bastante descansadas, puesto que no habían llevado ningún peso para cambiarlas por las que ya estaban al límite de sus fuerzas. Y cinco enemigos eran demasiados para un fugitivo que ya empezaba a sentir, por decirlo así, el hígado en la boca.

Volvió la cabeza hada atrás.

No distinguía nada.

Claro que las sombras empezaban a ser espesas y ya no podía fiarse de la vista. Paró entonces el caballo, tanto para darle un respiro como para oir el rumor de los cascos de los caballos perseguidores, si éstos andaban ya cerca.

Pero no oyó nada.

Durante largos minutos permaneció quieto, con las facciones tensas a causa de la atención con que escuchaba, sin captar otra cosa que el susurro del viento y el rumor de las aguas del Bine River, que bajaba muy tumultuoso desde unos dias atrás, llevando en su curso incluso algunos troncos partidos y algunos animales ahogados.

Pensó:

«Bueno, parece que los he despistado…»

Pero pronto tuvo que abandonar esa ilusión. A lo lejos, muy a lo lejos, volvía a resonar el rumor de los cascos de los caballos.

El fugitivo hizo un gesto que ya empezaba a ser de desesperanza.

No veía escapatoria.

Palmeó el cuello del animal mientras susurraba:

—Animo, ánimo. Seguiremos el curso del río hasta las colinas y luego te dejaré. Te prometo que allí quedarás libre.

Como si el animal le entendiera, cabeceó lentamente.

Inició el galope de nuevo, sin necesidad de que el jinete usara la espuela. Pero era ya un galope lento y abotargado, en el que el animal estaba poniendo ya las últimas fuerzas.

El jinete le seguía palmeando el cuello.

—Animo. Animo. Ya verás como tenemos buena suerte.

De pronto el caballo relinchó, negándose a seguir. Había visto algo.

Y el jinete lo vio también.

—Infiernos… Tres muertos… ¡Pues sí que tenía razón yo al decir que estábamos de buena suerte!

Porque si hay algo de mal augurio en esta vida, es encontrarse de narices a boca con un cadáver.

El jinete desmontó.

Y con la boca llena de espuma a causa del cansancio barbotó:

—¡Maldita sea…!

CAPÍTULO PRIMERO

LOS ALEGRES VIVIDORES DE KANSAS

El jefe de la casa de postas salió al porche, echó una ojeada al carruaje y masculló:

—¿Es que la diligencia va a salir con un solo pasajero? ¡Por cien mil diablos! ¡Hacen falta más! ¡Tú, mayoral! ¡Retrasa la salida un poco!

El hombre que estaba en el interior del carruaje, y que en efecto era el único pasajero asomó la cabeza por la ventanilla.

Era joven, de facciones recias, como talladas a cincel. Aunque no podía verse del todo su cuerpo, se adivinaba que tenía la fortaleza de un toro. Iba bien vestido, con blanco sombrero «Stetson» y levita negra.

Preguntó:

—Eh, caballero. ¿Por qué no da la salida a la diligencia?

El jefe de la casa de postas se volvió amablemente hacia él.

—¿Qué cuerno quiere usted?

—Pregunto que por qué no da la salida a la diligencia.

—¿Y qué quiere? ¿Que perdamos dinero? ¡Váyase al diablo! —siguió diciendo el otro, siempre con la mayor amabilidad del mundo.

—En esta diligencia no es tan difícil irse al diablo, amigo. Parece que se hunde por todas partes. Pero dígame: ¿cuándo saldremos?

—Esperaremos a que haya algún pasajero más. Por cierto… ¡Parece que allí vienen unos cuantos!

En efecto, un grupo se acercaba.

Era un grupo bastante singular. Lo componían tres hombres y

dos mujeres. Los hombres iban vestidos con levitas, pantalones elegantes y chalecos floreados. No llevaban revólveres visibles, lo cual indicaba que los ocultaban un poco traidoramente debajo de las levitas, al estilo de los jugadores profesionales. Por si eso fuera poco, tenían un aspecto de tahúres que quitaba el hipo.

Las dos mujeres tenían aspecto de bailarinas de saloon.

¡Y qué bailarinas!

Una de ellas era poco más que una chiquilla, pues debía rondar los dieciocho años. La otra oscilaría entre los treinta y seis y los treinta y ocho, pero estaba tan bien conservada y era tan bonita que hubiera podido pasar por la hermana mayor de la primera. Ambas, por supuesto, vestían con cierto atrevimiento. Sus faldas eran muchísimo más cortas de lo que estaba al uso entre las «señoras decentes». Llevaban medias negras, zapatos de tacón muy alto y unos escotes tan abiertos que la mirada se perdía en ellos y ya no volvía a encontrar la salida jamás.

Cada uno de ellos iba provisto de un maletín. Detrás, un empleado corría con un enorme baúl.

El que iba delante gritó:

—¡Eh, amigo! ¡Que espere la diligencia!

El jefe de la casa de postas les hizo señas de que podían estar tranquilos.

—Llegan a tiempo. Precisamente hay plazas para todos ustedes. ¿Adonde se dirigen?

—A Kansas.

—Estupendo. Les despacharé los billetes mientras cargan el baúl.

Las dos mujeres subieron mientras los dos hombres pagaban y se encargaban de los trámites materiales del viaje.

La subida fue «espectacular».

El único pasajero que había en la diligencia quedó mareado ya desde el principio.

Quizá llevaba años sin ver unas piernas tan bonitas.

Las dos mujeres ocuparon el asiento frontero.

La más joven estiró las piernas sobre las almohadillas mientras gritaba:

—¡Mamá, mira qué ancho es esto!

El joven que estaba ante ellas hizo:

—Ejem…

La chica murmuró:

—¡Qué diligencia más cómoda!

Y dio un par de saltitos sobre los cojines, mientras alzaba levemente las piernas.

Era lo que faltaba.

El pasajero volvió a hacer:

—Ejem…

La mujer más madura gimió:

—¡Ay! ¡Se me ha saltado un punto de la media!

Y buscó el estropicio.

Si aquélla era la mamá de la niña que tenía enfrente, ¡menuda mamá!

Y si aquélla era la hija de la mamá, ¡menuda hija!

De pronto la jovencita pareció darse cuenta de que la estaban mirando.

Susurró:

—¡Oh, perdone! No me he dado cuenta.

El joven se tocó la mandíbula para ponerla en su sitio, porque tenía la sensación de que, .de tanto abrir la boca, se le había descoyuntado.

—Señorita, por mí puede usted seguir avergonzándose. Estoy encantado de la vida.

—Sé que usted lo dice porque quiere ser amable, pero comprendo que he cometido una terrible indiscreción. Usted tiene aspecto de caballero respetable. Esas cosas le indignarán.

—Sí… Pues bueno… Yo…, yo estoy… muy indignado.

—No volverá a ocurrir, descuide. Puesto que hemos de hacer el viaje juntos, procuraré que nadie tenga quejas. Mi mamá me vigilará.

—¿Y… y a su mamá quién la vigila?

La dama más madura se bajó la falda poco a poco.

—No tenía ningún punto de la media suelto —dijo sonriendo—. Era una equivocación.

—Por mí puede equivocarse cuantas veces quiera, señorita.

—¡Señora!

—Ah, perdone. ¡Es usted tan joven!

—Quedé viuda cuando Añila tenía tres años. Desde entonces ningún hombre me ha rozado la mano siquiera.

—¡Eh, Silvia! ¡Que no nos dejas entrar!

Los tres tahúres querían penetrar en la diligencia y ella les cortaba el paso.

El joven musitó:

—¿Decía que ningún hombre le rozaba la mano, señora?

—No, lo que se dice la mano, no. No sé por qué será.

—De modo que usted no me ha mentido.

—¡Mamá no miente nunca! —gritó Anita, con ojos llameantes de orgullo.

El joven susurró:

—Por supuesto que no. Por supuesto. Perdonen. Les haré sitio para que se acomoden bien.

Los tres hombres habían entrado ya.

Vistos de cerca aún parecían más tahúres que vistos de lejos. A uno de ellos incluso le asomaba una carta falsa por el borde de un calcetín. Su edad debía oscilar entre los veinticinco años del más joven y los cuarenta del más viejo.

Pero parecían educados, y saludaron efusivamente al viajero que ya estaba allí antes que ellos.

—Perdone tantas molestias, caballero. Sin duda usted hubiera hecho el viaje más cómodo, caso de no llegar nosotros.

—No tiene importancia. Tampoco hubieran dado salida a la diligencia.

—Permita que nos presentemos. Formamos un grupo artístico. Nos llamamos «Los King».

—Ah, de modo que son artistas…

—Sí, y tenemos un contrato en Kansas. Casi siempre hemos trabajado allí.

—¿Cuál es su especialidad?

—Anita y su mamá cantan y bailan. Nosotros jugamos al póquer y a lo que sea. Somos unos auténticos artistas en…, en…

—¿En vaciar los bolsillos de los demás?

El tahúr lanzó una carcajada.

—¡Acertó, amigo! ¡Premio! ¡Dígame qué carta prefiere!

Y estiró un poco de la manga, de la cual salió una auténtica constelación de naipes, que inmediatamente se abrieron en abanico entre sus dedos. La maestría de aquel tipo era insuperable.

El joven murmuró:

—Lo siento, pero quizá les decepcione. Yo no juego, ¿sabe?

—¿Nunca?

—Nunca.

—¡Diablo, qué aburrido es usted!

—Mi oficio también es aburrido.

—¿A qué se dedica?

El joven carraspeó.

—Soy algo así como un registrador de tierras públicas.

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que soy un empleado del Gobierno Federal.

—¿Y qué hace?

—Yo llevo un control de todas las tierras que no tienen dueño, sea porque no lo han tenido nunca o por haber sido abandonadas. Entonces, a petición de cualquier interesado, las inscribo legalmente a nombre de la persona que esté dispuesta a trabajarlas.

—Caramba, es muy interesante, pero con nosotros no cuenta. ¡Nosotros no trabajaremos la tierra jamás! ¡Las manos no dan dinero, amigo! ¡Pero los deditos sí!

Y con un hábil movimiento hizo aparecer en su derecha un billete de cincuenta dólares, que al instante escamoteó, haciendo que en su lugar surgiese un as.

Mientras tanto los viajeros ya se habían acomodado.

Quedaba una plaza libre, pero de todos modos la diligencia iba a arrancar.

Hasta que se oyó un grito.

—¡Eh, esperen!

Un hombre acababa de salir corriendo de la casa de postas. Era un tipo larguirucho, con gafas de miope, muy bien vestido. Tanto que hasta llevaba un sombrero de copa. Parecía un senador.

—¡Esperen! —gritó—. ¡Yo también voy a Kansas!

El jefe de la casa de postas le miró con asombro.

—Pero, señor Chalmers…, ¡si usted iba en dirección contraria! ¡Si usted esperaba la diligencia de Dakota!

—¡Es igual! ¡Voy a Kansas!

Entró en el carruaje tropezando por todas partes. Pero dio la casualidad de que el tipo tropezó sobre todo con las chicas.

—Perdonen. ¡Es que como no veo nada…!

Se sujetó a la pierna de una para no caer.

—Perdone, caballero.

—¡Soy una señora!

El tendió las manos.

—Perdone. Es que no puedo verla, ¿sabe?

—¡Quite las manos!

El tipo retiró los dedos.

—Perdone, caballero. Tenga usted consideración con un pobre miope.

—¡Ni caballero ni narices! ¡Yo soy una chica!

—Descanse en paz, señorita.

—¿Quién? ¿Yo?

—No. Mi tía. Murió hace un año, la pobre.

—¡Pues podía haberla usted acompañado para que no se perdiera, caramba! ¡Y ahora siéntese en el lugar que queda libre! ¡Pero bien lejos de nosotras! ¡Déjeme en paz!

Chalmers se sentó junto a uno de los jugadores.

Y ahora sí que no se Confundió.

Se quitó el sombrero de copa.

—Perdonen, señores. Me presentaré. Isaac Chalmers, para servirles.

Se quitó el sombrero de copa, y en ese momento en su calva apareció una paloma.

Volvió a ponérselo apresuradamente.

—No sé qué pensarán de mí —dijo—. Me siento aturdido.

Se lo quitó de nuevo, y entonces resultó que de su calva ya había desaparecido la paloma, pero en su lugar había un gran abanico de colores.

Las mujeres rieron.

El tipo susurró, confundido:

—Hoy todo me sale mal. En lugar de la paloma tenía que haber aparecido un águila.

En aquel momento se oyeron disparos en la calle, casi junto a la diligencia.

Eso era casi normal en la ciudad, de modo que nadie se alarmó demasiado. Al menos al principio. Pero un par de segundos después, el que se había alarmado de verdad era el jefe de la casa de postas. Vio a dos individuos que corrían hacia él, disparando como malditos.

Sacó su revólver.

Hizo fuego y abatió a uno de ellos.

Pero el otro tuvo más suerte. No sólo no fue alcanzado, sino que eliminó al empleado de un balazo en la frente.

El mayoral fue a buscar el rifle que llevaba en el pescante, pero ya no pudo.

Una bala le rozó la mano derecha, y le produjo tal calambre que tuvo que encogerse con un gesto de dolor.

El revólver del forajido asomó por la portezuela de la diligencia.

—¡Todos con las manos quietas! ¡Entréguenme todo lo de valor que lleven encima!

Chalmers tartamudeó de miedo.

—Di… diablos —dijo—. A mi me han asaltado muchas veces en el camino, pero es la primera vez que veo asaltar una diligencia antes de que salga.

—El *sheriff* está gravemente enfermo —masculló el bandido—. He de aprovechar la oportunidad. ¡Pronto! ¡Arrojen al suelo todo lo que lleven!

Chalmers se quitó el sombrero.

—¡Uf! —dijo—. Tome. Esto es lo de más valor que tengo.

Y esta vez sobre su calva apareció no una paloma ni un abanico, sino un pequeño «Colt».

Chalmers disparó a través del sombrero.

La bala alcanzó en mitad de la frente al forajido, que cayó sin lanzar un grito.

Chalmers se puso el sombrero de nuevo, mientras murmuraba:

—Esta vista cada día me da más disgustos. ¡Yo le había apuntado a los pies! En fin, ¿a qué esperamos para salir? ¡Eh, mayoral! ¡Arranque! ¡No haga caso de la heridita en la mano, cuerno! ¿O qué espera? ¿Que me quite el sombrero otra vez y salga una enfermera con faldita corta?

CAPÍTULO III

LA RUTA MALDITA DE NEBRASKA

Si aquel grupo se dirigía a Kansas, donde se decía que había oportunidades para todo el mundo, tenía que atravesar antes las tierras de Nebraska. Y las tierras de Nebraska estaban en gran parte yermas en aquella época. Sólo se aprovechaban las de mejor irrigación, o sea, las que estaban cerca de los ríos y lagos. El resto era una llanura inacabable y áspera, salpicada aquí y allá de casas y colinas que con el tiempo llegarían a ser muy ricas, pero que entonces aún no lo eran.

El cielo se había ido haciendo poco a poco espeso y gris.

Una especie de tristeza muy honda llegaba a meterse en el alma.

Las casas que parecían perdidas, los arroyos junto a los que no había nadie, la llanura que parecía muerta.

Anita, que miraba fijamente a través de la ventanilla, musitó:

—Nunca creí que esto fuera tan triste.

—Porque el cielo está encapotado —dijo el joven—, pero normalmente Nebraska es alegre.

Ella le miró sonriendo.

—Resulta curioso. Sé que usted es un funcionario del Gobierno, pero sólo sé eso. Aún no me ha dicho ni su nombre.

—Me llamo Billy.

—¿Billy y qué más?

—Billy Evans.

—Yo Anita, ya lo sabe usted.

—Cierto. Y me resultará difícil olvidar su nombre.

—Mi mamá se llama Silvia.

Chalmers se puso a canturrear: «Silvia. Sylvie, mon amour…»

Nadie le hizo caso.

Los tres tahúres se creyeron en la obligación de presentarse a sí mismos:

—Yo me llamo Roswell.

—Yo, Rex.

—Yo, Griffith.

Roswell era el más joven, y Griffith el más viejo, si es que se podía considerar viejo a un hombre alto y corpulento con poco más de cuarenta años sobre sus espaldas.

Billy les saludó con una inclinación de cabeza.

—¿Dónde se detendrán? —preguntó.

—Oh, tenemos que llegar hasta la capital de Kansas…

En aquel momento pasaban cerca del río Blue.

Éste bajaba tumultuoso y muy cargado. No faltaban ni algunos troncos de árboles. Más arriba, cerca de la frontera de Dakota, debía haber habido inundaciones y tormentas.

—Se acaba el buen tiempo —dijo Rex—. Pronto tendremos por aquí incluso algunas nevadas.

—¡Uf! Aún faltan meses para eso.

—Lo curioso es que no se ve a nadie. Todo esto parece abandonado por completo.

No había acabado de pronunciarse aquella frase cuando distinguieron un numeroso grupo de personas que avanzaban por el lado opuesto del camino.

Causaban un efecto extraño, casi fantasmal.

Grupos así no se habían visto desde los tiempos de la guerra civil, que ya empezaban a quedar un poco lejanos.

Porque aquello tenía todo el aspecto de una evacuación en masa.

Los hombres iban delante, montados en sus caballos y las mujeres y los niños detrás, en carromatos cargados con toda especie de cachivaches. La gente se llevaba lo más importante. Había abandonado sus hogares, lo había perdido todo, y de momento no se sabía por qué.

Interrogó a uno de los jinetes que iba delante, casi derrumbado sobre su silla.

—¡Eh, amigo! ¿Qué pasa?

El jinete no tenía ni voz.

Sólo pudo balbucir:

—Por lo que más quieran…, ¡no sigan adelante!

Y se inclinó aún más, sufriendo una especie de arcada, como si de un momento a otro fuese a vaciar el estómago.

El mayoral iba a detener la diligencia.

Griffith asomó la cabeza por la ventanilla.

—¿Qué pasa, amigo? ¿Va a detenerse?

—Es que no sé qué ocurre…

—¡Diablos, no nos va a dejar aquí, en pleno descampado! ¿Cuál es la ciudad más próxima?

—River.

—No la conozco.

—Hum… Claro que no. River sólo figura en los planos muy detallados. En los grandes mapas no se la ve. Es una población junto al río Blue. Por eso la llaman River.

—Pues al menos llévenos hasta allí. Si hay que pararse, allí encontraremos alojamiento.

—Eso es cierto.

Griffith insistió:

—¿Hay *sheriff* en River?

—No. Aquello no es cabeza de condado ni mucho menos. Pero existe un alguacil.

—Bueno, una autoridad al fin y al cabo…

—Sí.

—Pues que nos explique él lo que ocurre. ¿No le parece?

El mayoral cabeceó afirmativamente.

—Tiene razón. ¡Hala, arreando!

Chalmers estaba intranquilo.

—A lo peor hay una inundación —dijo.

—¡Qué inundación ni qué cuernos! —murmuró Roswell—. Fíjese en las ruedas de esos carros. Ni siquiera están manchadas de barro.

—Es cierto —susurró Chalmers,. que ya no trataba de ocultar a nadie su oficio de prestidigitador—, Pero me gustaría saber lo que ocurre antes de llegar a River.

Y preguntó por la ventanilla a otro de los jinetes.

—¡Eh, amigo! ¿Qué cuerno pasa?

El jinete fue a contestar.

Pero de pronto sufrió también una arcada, como si tuviera el

estómago tan revuelto que no pudiera decir una palabra sin que le viniese a la boca la primera panilla

Los de los carromatos tampoco hablaban.

La gente iba tumbada en el fondo de los mismos, y algunos chiquillos se quejaban entrecortadamente. Otros vaciaban el contenido de sus estómagos sin el menor disimulo. Pero en sus estómagos ya no quedaba nada, porque debían llevar horas haciendo lo mismo. Se convulsionaban y volvían a gemir, siendo incapaces de contestar a la más sencilla pregunta.

El mayoral hizo lo que cualquiera hubiese hecho.

Toda aquella caravana le parecía de un mal augurio impresionante.

De modo que excitó los caballos para llegar cuanto antes a River, que al menos era una ciudad organizada donde podría enterarse de alguna cosa.

Cinco minutos más larde dejaron atrás la extraña caravana, y diez minutos después llegaban a la ciudad.

Bueno, aquello era más bien un villorrio.

Tendría unas sesenta casas todas ellas edificadas cerca del río, con una calle principal y una pequeña plaza. El Blue bajaba crecido, pero no se había producido la menor inundación. De modo que no era aquélla la causa del éxodo en masa.

El mayoral gritó:

—¡Soooooo…!

Estaba como petrificado.

Nunca había visto una ciudad tan vacía.

Los caballos le obedecieron sin resistencia, porque ellos mismos notaban algo raro. Estaban acostumbrados a la ruta, y conocían la ciudad de River tan bien como el mayoral. Por eso se detuvieron, ya que nunca la habían visto así.

Luego avanzaron de nuevo, pero al paso.

Alguien gritó:

—¡Altooo…! ¡No sigan!

La diligencia volvió a detenerse.

Los viajeros saltaron a tierra.

El hombre que les detenía, y que tenía los brazos abiertos para cortar simbólicamente el camino, era el alguacil. La estrella destacaba nítidamente sobre su chaleco de piel de gamo. Parecía

muy nervioso, y él era el único hombre a quien se veía en la calle.

El mayoral preguntó:

—¡Luck! ¿Qué pasa?

—¿Por qué has venido, muchacho?

El mayoral se rascó la barba.

—¿Cómo que por qué he venido? ¡Ésta es mi ruta!

—¿Pero no has visto que la gente se iba?

—¡Claro que la he visto! ¡Soy idiota, pero no cegato! Y también tengo lengua para preguntar. Lo que pasa es que ellos no la tenían para responderme.

—No podían.

—¿Porqué?

—Están enfermos.

Chalmers se dio un puñetazo en la barriga, mientras alzaba y volvía a bajar su sombrero de copa.

—¿Pero enfermos de qué, alguacil? ¿Va a decirnos de una maldita vez lo que pasa?

—Me temo que sea algo terrible. Algo que puede afectar a todo el Estado de Nebraska.

—¿Pero de qué se trata?

—Casi no me atrevo a pronunciar ese nombre.

—¡Pero hable de una vez, maldita sea! ¡Nos tiene en vilo!

—Se trata de la peste.

El nombrecito, en efecto, no debía haber sido pronunciado. Produjo en todos el efecto de un calambre. Los rostros palidecieron, las bocas se abrieron poco a poco. Anita incluso tuvo que apoyarse en una de las ruedas de la diligencia. Dio la sensación de que iba a caer.

Silvia parecía algo más serena.

Musitó:

—Pero…, ¿está seguro?

—No puedo estarlo puesto que en River no hay médico —dijo el alguacil—, pero por los síntomas la cosa no admite duda.

—Cuéntelo con detalle. ¿Qué ha ocurrido?

—Verán: Todo inició hará unas doce horas. La gente empezó de pronto a sentir terribles vértigos y a sacar todo lo que tenía en el estómago. Sobre todo los niños. Las temperaturas eran muy elevadas. Empezó a cundir el pánico, porque ésos son los primeros

síntomas de la peste.

—También pueden ser síntomas de otra cosa —dijo Billy—. Síntomas de una mala digestión, por ejemplo.

—¿Y todo el pueblo iba a sufrirla?

Billy se acarició la mandíbula.

—No. Reconozco que no, pero…

—Bueno —continuó el alguacil—, de todos modos pude dominar el pánico. La gente, más o menos, seguía en sus casas. Pero cuando ya no pude hacer nada fue a partir del primer muerto.

—¿El primer muerto? ¿Quién fue?

—Un forastero que había llegado a River con otros tres. Yo creo que fueron ellos los que trajeron la epidemia. Lo vimos caminar por la calle central de River con las manos agarrotadas y la cara casi completamente negra. No podía fallar. Era…, ¡era la peste negra! ¡Era la epidemia más terrible que se ha conocido! ¡Ustedes saben que una epidemia así puede aniquilar un país en tres meses!

Billy sintió frío en la espalda.

No era un cobarde ni mucho menos.

Había pasado por muchas pruebas. Demasiadas tal vez.

Pero se sentía importante ante una enfermedad que parecía llegar por el aire y ante la que no habla defensa, una enfermedad que aniquilaba a todos, empezando por los niños, y que se extendía con la rapidez del fuego sobre un reguero de pólvora.

El había leído bastantes cosas acerca de los estragos causados por las terribles epidemias de la Edad Media, que acabaron con ciudades enteras y dejaron la población del mundo reducida a poco más de la mitad. Las epidemias llegaron como una maldición divina y terminaron extinguiéndose quizá por aquello de que todo tiene un fin en este mundo. Pero nadie conocía aún el modo de combatirlas, excepto irse de los lugares afectados, que era lo que había hecho la población de River[1].

Balbució:

—¿Y… qué pasó con ese hombre?

—Murió, claro.

—¿Dónde?

—En el centro de la calle principal. Fue espantoso.

—¿Qué ha hecho con el cadáver? ¿Saben lo peligroso que es?

—Claro que lo sabemos. Sus propios amigos se lo llevaron.

Dijeron que lo enterrarían a gran profundidad o que lo quemarían tal vez. Lo cierto es que nadie más quiso tocarlo.

Era Billy el que preguntaba y el alguacil el que daba las respuestas. El diálogo era tan rápido como una serie de disparos de revólver.

—¿Se da cuenta de que todos los vecinos que han huido de aquí pueden estar afectados? —preguntó Billy.

—Claro que me doy cuenta.

—¡Extenderán la epidemia por todo el país!

—¿Y qué quiere que le diga? No he podido evitar que se fueran. Aquí hubieran muerto todos, seguro. Y en cambio fuera de aquí se salvarán muchos. Además con ellos iba el presidente de la Junta de Vecinos, que tiene por misión recluirlos en alguna zona aislada donde encuentren agua y comida, pero sin mezclarlos con los pobladores de otras ciudades. Sólo de ese modo se podrá evitar un contagio en masa.

—¿Y médicos?

—Ya buscarán alguno. Pero mucho me temo que no quiera visitarles, porque los médicos son los primeros en saber que no se puede luchar contra la peste. Y además, saben que suelen ser ellos los primeros en morir.

Chalmers volvió a alzar su sombrero, y otra vez apareció la paloma. Pero ahora la paloma, como si supiera que las cosas iban a ponerse mal para ella, emprendió el vuelo tranquilamente.

El prestidigitador lanzó un suspiro.

—De modo que cuatro forasteros han podido traer la epidemia, ¿no? ¿Y tres de ellos están vivos? ¿Dónde?

—En una choza junto al río. Parecen aterrorizados. No saben adonde ir. Al principio incluso he tenido que defenderlos, porque la gente quería colgarlos.

—Pobre gente… —bisbiseó Anita.

—A mí también me dan pena —murmuró el alguacil—. ¿Pero qué puedo hacer?

—Morirán como perros —sentenció Rex, uno de los jugadores.

El alguacil musitó:

—No pueden imaginarse lo terrible que es.

—Cierto —dijo Griffith—, cierto… Pero en el mundo cada día muere mucha gente. Que la diñen tres tíos más o menos…

—Es que uno de ellos es un chiquillo. Apenas tiene diez años.

Griffith, que iba a decir algo más, quedó con la boca abierta. Sus ojos extraviados miraron a todas partes. Anita lanzó una especie de gemido. Billy quedó con la boca abierta.

El alguacil extendió los brazos con un gesto de impotencia.

—Bueno —susurró—, siento que hayan llegado aquí. Me hubiera gustado evitarlo, pero ya que están en este pozo de muerte, lárguense cuanto antes. Yo también voy a irme. Confiemos en que ninguno de nosotros esté contagiado ya.

—¡Ni lo diga! —murmuró Chalmers, aterrorizado—. ¡No mencione la epidemia! ¡Lagarto, lagarto…!

Se quitó el sombrero de copa otra vez, y sobre su calva apareció un lagarto. Chalmers lanzó un grito. El lagarto escapó por entre sus solapas como alma que lleva el diablo.

El alguacil insistió:

—¡Por favor, váyanse!

Pero nadie se iba. Todos parecían clavados en el suelo, como hipnotizados por la proximidad de la muerte. Al fin el mayoral Luck fue a subir al pescante de nuevo. Griffith se dispuso a seguirle mientras hacía un gesto.

—Hala, vámonos.

Pero Anita apretó los labios.

Y sus facciones se tensaron en un gesto de decisión.

—Yo no me muevo —dijo.

—¿Qué…?

—¿Estás loca?

—No sé quién de vosotros lo ha dicho: «Morirán como perros.» Ahí cerca se encuentran tres seres humanos, uno de los cuales es un niño. No tienen alimentos, no tienen compañía, no tienen nada. Me niego a volver la espalda cuando a mi lado hay personas en esa situación. Me niego a que un pobre niño se vaya de este mundo sin que nadie le dirija ni una palabra de aliento, sin que nadie le acaricie…, ¡sin que nadie le demuestre que no todo es horrible en esta maldita tierra!

Su gesto era de decisión. Se había transformado en una jovencita dura, impávida, con más carácter que un pistolero de la frontera. Ya no era la bailarina de buenas curvas y piernas suculentas. Era una mujer todo corazón, una mujer dispuesta a luchar hasta el fin por lo

que ella consideraba digno y justo.

Silvia murmuró:

—Nena, te has vuelto loca…

—Nunca estuve mejor.

—Pues has bebido…—

—El último *whisky* lo probé hace seis meses.

—¡Por favor, a ver si te metes esa idea en la cabeza! ¡No quiero que mueras tú también! ¡No quiero! ¡No quiero…!

Silvia parecía a punto de sufrir un ataque de nervios. Griffith hubo de sujetarla.

—Por favor —suplicó—, siempre hemos sido como una familia muy bien avenida…

—¡Pues evita que esa loca se quede aquí! ¡Es lo único que tengo en el mundo! ¡No quiero que reviente!

Las lágrimas habían asomado a sus ojos. Rex Roswell la tranquilizaba y al mismo tiempo la sujetaba para que no hiciese ninguna barbaridad.

Billy se puso entonces un cigarrillo entre los labios.

Parecía el más tranquilo de todos.

Y murmuró:

—¿Hay alimentos en esta ciudad, alguacil?

—Pues, ¿qué quiere decir?

—Me ha entendido perfectamente.

—Claro que hay alimentos. El almacén está a rebosar. Y no hace falta pagar nada. ¡El dueño se ha largado!

—Gracias; es todo lo que necesitaba saber.

—¿Y por qué quería saberlo?

—Porque me sabría muy mal morirme de la peste, pero me sabría aún peor morirme de hambre.

Todos le miraron asombrados.

El alguacil bisbiseó:

—¿Quiere decir que…?

—Sí. Quiero decir que me quedo.

—¡Usted también está loco! ¡Peor que ella!

—No, alguacil. Lo único que pasa es que esa mujer acaba de darnos a todos una lección. La lección más importante que hemos recibido en nuestra vida. Nos ha demostrado que tiene más valor y más caridad que todos nosotros jumos. De modo que los demás

hagan lo que quieran, pero yo me quedo.

Silvia se llevó las manos a los ojos mientras susurraba:

—¿Qué remedio? Si Añila permanece aquí, ¿es que voy a tener valor para dejarla sola?

El alguacil miró como trastornado a Griffith, Roswell y Rex.

—¿Y ustedes? ¿Qué van a hacer?

Los tres hicieron un gesto muy extraño.

Se pusieron cada uno un cigarro en la boca, al igual que Billy, como si demostraran con eso que estaban del todo de acuerdo con él.

Chalmers murmuró:

—¡Cuerno! ¡Me quedaré yo también!

Y alzó el sombrero de nuevo.

Esta vez por su calva resbaló una botellita.

Billy preguntó:

—¿Qué es eso?

—¿Qué va a ser? ¡Un poco de tinta para escribir mi testamento…!

CAPÍTULO III

CONDENADOS A MUERTE

La diligencia dejaba
una’ nubecilla
de polvo. Se oían los gritos del mayoral que excitaba a los caballos con toda la fuerza de su garganta. Las ruedas traqueteaban mientras el vehículo se alejaba a toda prisa de la ciudad maldita.

—¡Arre…! ¡Largo de aquí! ¡Largo…!

Billy juntó sus manos, las apretó e hizo crujir los nudillos lentamente.

Luego su mirada paseó por el grupo que formaban, un grupo solitario y extraño a la entrada de la ciudad.

Estaban todos. Estaban las dos mujeres: Anita y Silvia. Estaban los tres tahúres profesionales: Roswell, Griffith y Rex. Estaba aquel prestidigitador que tenía un almacén en su sombrero de copa.

Pero el alguacil y el mayoral de la diligencia se habían largado. Aún se oian sus gritos, cada vez más lejanos:

—¡Vais a morir todos! ¡Estáis locos…!

Al fin el carruaje desapareció tras una curva.

Billy escupió su cigarro al aire.

Y se hizo el silencio, un silencio espeso y agobiante que parecía poder palparse.

Anita susurró al fin:

—Bueno, ¿a qué esperamos?

Todos miraron hacia el fondo de la calle.

—¿Dónde dijo el alguacil que estaba esa pobre gente? —murmuró Chalmers, quitándose de nuevo el sombrero.

Y en su calva apareció un pañuelo con el que se secó el sudor. No hada calor, pero Chalmers sudaba de angustia, aunque intentaba hacerse el valiente.

—Ha hablado de una cabaña cerca del río —murmuró Silvia.

—Pues, vamos. Tiene que estar al final de la población.

El grupo atravesó a lo largo todo el pequeño núcleo urbano, hasta llegar a una pequeña curva que formaba el río. Había que reconocer que la ciudad impresionaba. Tan vacía, tan silenciosa… Y demostrando la intuición que los animales tienen para defenderse en la vida, algunas ratas de río ya empezaban a subir hasta las primeras casas, sabiendo que ahora nadie las molestaría.

Silvia murmuró:

—Tiene que ser aquella choza.

Se veía una cabaña cerca del río, lamiendo casi el agua. Debía haber sido construida por algún pescador. De no ser por el rumor de la corriente del Blue, el silencio allí hubiera resultado sobrecogedor.

Era ya como el silencio de la muerte.

Antes de entrar en la choza, Chalmers musitó:

—No me gusta parecer un cobarde, pero ¿estáis seguros de que obramos bien? ¿Qué falta les hacemos a esa gente?

—Necesitan ayuda —susurró Anita—, y además tal vez nosotros podamos evacuar a ese niño.

—Es inútil. No lo querrán en ninguna parte.

—Por lo menos intentémoslo.

Entraron en la choza, donde efectivamente había dos hombres y un niño. El niño les impresionó. Yacía sobre unas mantas, gimiendo entrecortadamente, y su cara se había ido volviendo negra.

Silvia se tapó un momento los ojos.

Susurró:

—Dios mío…

—Los hombres les miraron a todos como si creyeran estar sufriendo una alucinación. Daba la sensación de que ño entendían qué demonios hacía allí aquel grupo de forasteros. Alzaron las manos para impedirles que pasaran más allá de la puerta.

—¿Qué hacen aquí? ¿Están locos?

Billy murmuró:

—Nos han dicho que aquí hay un niño que agoniza.

—¿No lo ven?

—Quisiéramos hacer algo por él. Tal vez podamos sacarlo de la ciudad.

El que había hablado hizo un gesto de desesperanza.

—Es inútil. No lo querrán en ninguna parte, y además ahora ya está agonizando. Véanlo. Su rostro ha ennegrecido…

Billy fue a acercarse un poco más a él.

El hombre gritó:

—¡No lo toque!

—No iba a hacerlo. Sólo quería saber si aún hay esperanzas.

Ahora fue el otro hombre el que habló. Tenía una expresión pesarosa y había hundido la barbilla sobre el pecho.

—No hay nada a hacer… Es lo que llaman la peste negra. Este niño morirá antes de la noche.

—¿Es… su hijo?

—Sí.

Silvia volvió a musitar:

—Dios mío…

—Váyanse —murmuró uno de los hombres—. Por favor, váyanse de aquí. Ustedes mismos pueden morir si se quedan.

—¿Tienen alimentos al menos?

—No.

Era Billy el que había hecho la pregunta. Chascó dos dedos.

—Les traeré comida —murmuró—. Y les traeré *whisky* para que al menos puedan beber hasta hartarse. Me han dicho que el almacén está lleno.

El niño seguía gimiendo.

Uno de los dos hombres rió amargamente.

—Sí —murmuró— somos los dueños de la ciudad. Ya ve usted qué bien. Somos los dueños de toda la ciudad, incluido el cementerio.

—¿A qué se dedicaban ustedes? —susurró Griffith.

—Eramos tratantes de ganado.

—Tal vez ustedes han traído la epidemia a este lado de Nebraska. ¿Se hacen cargo de lo terrible que es eso?

—¿Y cómo saberlo? Quizá la hayamos traído nosotros, pero ¿qué culpa es la nuestra?

—Ninguna, desde luego —reconoció Roswell.

Y Billy preguntó:

—¿Qué hicieron con su compañero muerto?

—Lo enterramos a gran profundidad.

—¿Dónde?

—Yo se lo enseñaré. ¿Quiere verlo?

—No, no es necesario.

—De todos modos preferiría que lo viese. Es tan triste que hasta tiene una cochina gracia. Hemos creado un cementerio para nosotros solos. Véalo.

El que hablaba era el padre del niño.

Hizo una seña a Billy para que salieran de la choza.

A poca distancia, junto al río, había una zona de tierra removida con una cruz encima. Una cruz toscamente grabada en la que se leía simplemente: «Albert Tox. 38 años.»

—El ha sido la primera víctima —dijo con suavidad el hombre.

Y entonces hizo algo que Billy no esperaba.

Tomó una azada que estaba apoyada en un árbol, y que sin duda había servido para remover la tierra de la primera fosa, y se puso a abrir otra muy cerca de aquélla.

Billy barbotó:

—¿Qué hace?

—Ya lo ve: abro una tumba.

—¿Para quién?

—Para mi hijo.

Billy sintió como si su garganta se llenara con una bola amarga y densa.

—Por favor —musitó—, no diga eso; aún no es seguro que muera.

—¿No? —murmuró tristemente el otro—. ¿De verdad piensa así? ¿Acaso no lo ha visto?

—Sí, pero…

—Morirá ésta, noche. Y deseo que repose junto a uno de los hombres que más le quisieron. El que yace aquí había sido su mejor amigo.

Billy se acercó y le tomó lentamente la azada de entre las manos.

El joven dejó caer la azada.

También estaba moralmente deshecho.

Habla tenido que abrir más de una fosa a lo largo de su vida,

pero nunca para un niño.

—Iré a buscar *whisky* —fue todo lo que se le ocurrió decir… al cabo de largos minutos.

Se encaminó a una casa de la ciudad en cuya puerta se leía General Store. Si era verdad lo que le había dicho el alguacil, allí encontraría lo necesario. Pero antes tenía que pasar por el saloon. Porque en River no faltaba un local de diversión, pese al exiguo tamaño de la ciudad. El saloon tenía buen aspecto y estaba recién pintado. Encima de la puerta se veía un cartel rojo con la indicación *bar-room*

. Un poco más abajo otro cartel menor indicaba: «*Whisky*, cerveza, ron. Todas las bebidas que usted quiera. Lo sentimos, pero no hay chicas, excepto la hija del dueño.»

Y alguien había escrito en lápiz más abajo aún: «Que es tuerta.»

Billy pensó que entraría allí luego, a hacer provisiones de *whisky*, si no lo encontraba en el almacén. Pero algo le detuvo cuando estaba junto a la puerta.

El sonido de un piano.

¡Alguien estaba allí!

¡Estaba tocando el piano dentro de la sala!

Billy se pasó una mano por la boca.

Bueno, no estaba soñando.

Había oído bien.

Empujó los batientes con el pecho y entró en el local. Éste era pequeño, pero bien ornamentado, con varias pinturas bastante atrevidas en las que se veía a rollizas muchachas alzando las piernas al aire mientras se ajustaban las medias. Un anaquel lleno de botellas y una barra ocupaban la parte derecha. La parte izquierda estaba llena de mesas, y frente a la puerta había un piano.

Billy se detuvo, asombrado.

—Diablos —musitó—. ¡Diablos!

La chica que estaba frente al piano era para decir eso y bastante más. Llevaba un vestido amarillo muy cortito. Estaba sentada descuidadamente en la banqueta y sus piernas eran… Bueno, eran de aquella manera que usted sabe. Cualquiera se hubiese quedado pasmado al verlas y Billy no iba a ser una excepción. El joven quedó materialmente petrificado.

La chica dejó de tocar y volvió la espalda al oír el ruido de las

pisadas junto a la puerta.

La cabellera pelirroja, llameante y larga, osciló al girar sobre su rostro nacarado.

Pero sus ojos resultaban distintos.

Sus ojos eran fríos y duros, eran los ojos de una mujer que ya no cree en nada.

Los clavó en Billy.

—¿Quién eres tú?

—¿Y tú…?

—Te reirías si lo supieras, muchacho.

—Pues si quieres empiezo a reír ahora mismo. Pero será mejor que me lo digas.

Ella se puso en pie, dejando ver con toda perfección aquella maravillosa escultura que era su cuerpo.

—Me llamo Yolanda Baxter —dijo.

—Yolanda Baxter… Creo que he oído ese nombre.

—Naturalmente que lo has oído.

—¿No eres la chica de… de…?

—Sí. La chica de Phil Baker.

Los dientes de Billy emitieron una especie de chasquido.

—No me digas que Phil Baker está aquí —murmuró luego.

—No, pero llegará pronto.

—¿Porqué?

—Me busca.

—¿Es que tú huyes de él?

—Sí.

—¿Cuál es la razón?

Yolanda sonrió ampliamente al decir:

—Phil Baker es una cochina bestia.

—¿Ya no te entiendes con él?

—Nunca me he entendido.

—Pues habéis estado juntos mucho tiempo…

—¿Cómo podía evitarlo? El me raptó cuando yo tenía diecisiete años e hizo conmigo lo que quiso. Desde entonces he sido… Bueno, lo que a él le dio la gana que fuera. Incluso hubo unos meses en que la cosa llegó a hacerme cierta gracia. Disponía del dinero que me daba la gana, y las otras mujeres me conocían y me temían. Todas las cortesanas me tenían envidia. Pero ya te he dicho que Phil Baker

es una bestia. Y cuando empezó a cansarse de mí y me empleó como cebo para atraer a su causa a algunos *sheriffs* y a algunos políticos de poca monta…

Billy cabeceó.

—No sigas. Lo entiendo perfectamente.

—En fin —dijo ella, encogiéndose de hombros—. He huido. Lo que no sé es cómo he venido a parar aquí. Quizá porque no había otro sitio más lejos. Pero Phil Baker ha encontrado mi pista. Sé que no volveré a poner los pies en ninguna otra ciudad.

Billy se pasó el dorso de la mano por la boca.

—¿Significa eso que Phil Baker va a venir? —musitó.

—No tardará.

—Pues huye.

—¿Adónde? Todos los caminos están controlados por la banda de ese granuja. No podría ir a ninguna parte, y por lo tanto me quedaré aquí. Al menos podré tocar el piano y beber lo que se me antoje. Beber lo que se me antoje…

Tomó una de las botellas y rompió el cuello contra una mesa.

La alzó y dejó que el licor se derramara a borbotones sobre su garganta.

Luego la lanzó contra la pared, haciendo que se convirtiera en mil pedazos. Se apoyó en una mesa y se tambaleó. No estaba borracha, pero iba perdiendo el control de sí misma. Billy comprendió que aquella mujer era el único problema que les faltaba para tenerlo todo perdido.

La sujetó por los brazos.

—¡Sal de aquí! —gritó—. ¡Tienes que huir! ¡Lárgate de aquí o por tu culpa van a morir otras personas que no lo merecen! ¡Si tú te largas lejos, Phil Baker y sus hombres no caerán sobre la ciudad!

Yolanda rió quedamente.

—¿Me crees tan tonta? —musitó.

—No te entiendo.

—Yo odio a Phil con toda mi alma.

—Sigo sin entenderte.

—Desde el momento en que le abandoné, yo soy una mujer muerta —susurró Yolanda amargamente—. No me hago ilusiones ni esperanzas. También sé que no podré matar a Baker porque no tendré ninguna oportunidad. Pero me he enterado de que en esta

ciudad se ha declarado la peste negra. He visto a la gente que huía.

—Sí. ¿Y qué?

—¿Aún lo preguntas? Yo ya estoy muerta, pero Baker y sus perros también morirán. Tendrán que venir a buscarme aquí. Y sólo con que permanezcan una hora en la ciudad, ya habrá bastante para que se vayan todos al infierno. Ésa es mi única posibilidad de acabar con ellos y voy a aprovecharla. ¿Comprendes ahora?

Billy sonrió en contra de su voluntad, mientras miraba al fondo de los ojos de la mujer.

Aquellos ojos fríos, casi satánicos.

—Las mujeres sois el diablo —musitó.

—Y algunos hombres también. Tú, por ejemplo, no estás mal del todo.

Billy musitó:

—Más valdrá que nos besemos en el infierno, nena. Aquí no tenemos tiempo para eso.

Pero los ojos de la muchacha seguían clavados en él. Seguían clavados con una fijeza diabólica, mientras se acercaban sus labios.

—Al contrario —musitó—. Aquí tenemos toda la eternidad.

Y sus bocas se unieron.

Billy sabía que aquél iba a ser el último beso que seguramente daría en su vida.

El beso de la muerte.

CAPÍTULO IV

REZAD, MUCHACHOS

Cuando Billy volvió a la choza junto al río, le pareció que el silencio era más espeso aún que antes. Tuvo la sensación de que estaba solo en el mundo y de que no iba a escuchar nunca más una palabra humana. Yolanda había preferido quedarse sola tocando el piano, pero los sonidos de la pieza musical no se oían desde allí. El silencio resultaba agobiante.

Pero pronto, al llegar junto a la cabaña, le pareció a Billy que se escuchaba algo.

Era como una plegaria.

Como un murmullo difícil de discernir, pero que le pareció tenía un significado siniestro.

Y era verdad.

Lo notó al entrar en la choza.

El niño ya no gemía.

Estaba en el suelo, completamente rígido y con la cabeza tapada por una manta.

Su padre había caído de rodillas.

Tenía la barbilla hundida sobre el pecho.

Parecía no tener fuerzas ni para rezar.

Billy se sintió culpable, no supo por qué. Le pareció como si no hubiera hecho lo suficiente por conservar la vida de aquel niño.

Pero aparte de arriesgar su propia piel, ¿qué otra cosa podía haber hecho?

Dejó caer al suelo los alimentos y las botellas que traía. Como el suelo era de tierra, nada se rompió.

Billy hizo una pregunta absolutamente innecesaria:
—¿Ha… muerto?
—Sí.
—¿Puedo verlo?
El padre levantó la cabeza.
—No, no lo haga. ¿Para qué? ¿De qué sirve eso ya? Tengo la sensación de que la cara que veríamos no es la de mi hijo…
Billy sintió otra vez aquella bola espesa en la garganta.
Era incapaz de hablar.
—Le… ayudaré a enterrarlo —musitó al fin.
El padre se puso en pie, dejando la posición de rodillas en que había estado hasta entonces.
—Lo haré yo mismo —dijo—. No quiero que lo toque nadie más.
—Lo comprendo perfectamente —murmuró Billy—. Pero permita al menos que le acompañe.
—¿Para qué? La fosa ya está hecha. No tengo más que depositarlo en ella. ¡Dios santo! ¿Cómo es posible?
Hundió la cabeza y se puso a llorar espasmódicamente. Sus sollozos llenaban la pequeña choza. Billy se sintió sacudido por una pena que llegaba de lo más hondo de sus entrañas. Llegó a olvidarse no ya de que aquel hombre estaba condenado a muerte, sino de que estaban condenados a muerte todos ellos.
Sintió una mano en la suya.
Era la primera vez que Añila le rozaba.
Y lo hizo dulcemente.
—Déjame a mí —musitó—. A veces, en esos terribles momentos, acompaña más una mujer que un hombre.
—Lo comprendo.
—Por favor, apártate.
Entre Anita y el padre del chiquillo sacaron el cuerpo de la choza, tras levantarlo del suelo. Desaparecieron entre las sombras. La noche iba ya cayendo y la sensación de angustia aumentaba.
Se notaba que Chalmers no podía más. •
Sus manos temblaron espasmódicamente.
—¿Qué hacemos aquí? —chilló de pronto—. ¿Qué cuerno hacemos? ¿Es que nos hemos vuelto locos?
—Nadie le obliga a quedarse —murmuró Rex—. ¿Porqué lo ha hecho?

—Usted no me creerá —susurró Chalmers,

—Estoy dispuesto a creerle. No creo que un hombre en estas circunstancias mienta.

—Pues me he quedado porque soy un viejo sinvergüenza — confesó Chalmers—. Porque las mujeres me gustan más que untar pan en la salsa a la mahonesa. Y porque pensé que en una ciudad vacía iba a tener buenas oportunidades para…, para… Bueno, para hacer algo con esas dos. ¿Me entiende?

—Le entiendo perfectamente —dijo Rex—. Y le digo que es usted un canalla. Yo, con el tiempo que llevarnos juntos, aún no he conseguido nada con ninguna de las dos.

—Porque usted las considera unas compañeras de trabajo, pero yo… Yo… ¡Je, je!

—¡Cállese! ¡Cállese o le parto la boca!

Chalmers se quitó las gafas.

—Hombre, no se ponga así…

—No me gusta que Silvia y Anita sean, tratadas como unas vulgares cortesanas.

—No he hecho, más que decirle la verdad. Y le confieso que entonces me parecía que la situación no era tan peligrosa. Pero desde que he visto morir a ese pobre chico… Bueno, me he dado cuenta de que no nos queda más recurso que ponernos a rezar. Y yo soy aún demasiado jovencito para verme en esta situación, ¿sabe? De modo que… ¡me largo!

—Haga lo que le dé la gana —mascullo Rex—, pero antes yo también vov a hacer una cosa.

—¿Qué?

—Partirle la cara.

Chalmers se puso las gafas y musitó:

—De acuerdo, pero al menos permitirá que me quite el sombrero…

—Quíteselo. Así le atizaré mejor.

Chalmers se lo quitó y lo dejó caer con fuerza sobre la cabeza de Rex.

Se oyó un sordo «tooooоc».

Y las rodillas de Rex se doblaron, mientras sus facciones se volvían de color amarillo.

Ya no habló de pegar a nadie más.

El trabajo era suyo para sostenerse en pie.

Chalmers explicó tímidamente:

—Bueno, verán… No se extrañen. Es que dentro del sombrero también hay una piedra…

* * *

Caminaba como un borracho hacia la salida de la ciudad.

Después de todo, él no iba a estarse allí. El no quería morir. Y huyendo de River aún había alguna posibilidad de salvarse, o al menos Chalmers quería seguir creyendo en eso.

Tal vez aún no estaba contagiado.

Tal vez aún podría vivir.

Dejó atrás la última casa, medio perdida ya entre las sombras, y entonces oyó el pitido de la bala.

No habían lirado a matar, porque de lo contrario le hubiesen alcanzado.

Quien fuera, acababa de tirar a menos de treinta yardas.

Pero el siniestro pitido bastó para que Chalmers se agazapara de un salto, aun a riesgo de perder su precioso sombrero de las maravillas. Cuando se pegó al suelo, sin embargo, la bala ya había tenido tiempo de darle cien veces.

No hubo más disparos.

Sólo oyó resonar aquella ronca voz.

—¡Eh! ¡Sea quien sea! ¡Póngase en pie!

Chalmers se puso en pie temblorosamente.

—¿No disparará otra vez?

—No he tratado de matarle. Sólo quería advertirle. ¡Pongase en pie, repito!

El prestidigitador obedeció temblorosamente.

No veía al que le estaba hablando, ya qiie el otro estaba parapetado, y eso acrecentaba su sensación de miedo.

—¿Qué pasa? —mascullό Chalmers.

—Soy un vecino de River a quien el alguacil ha delegado para que vigile la salida de la ciudad por este lado. Y no se haga ilusiones, porque por los otros lados hay más hombres. Lo siento, pero ninguno de ustedes va a poder salir de aquí.

—¿Por qué?

—Ustedes ya están contagiados. Propagarían la epidemia por

todas partes si les dejáramos escapar.

—¡Por cien mil diablos! ¡Son ustedes una legión de hijos de perra! ¡Eso es condenarnos a muerte!

—Lo están de todos modos. Lo que no queremos es que por cada uno de ustedes mueran cien personas más.

Chalmers alzó los brazos al cielo.

—¡Tienen que ayudarnos! ¡No pueden dejarnos morir así…!

—Nadie puede ayudarles ya, amigo. Resígnese. Y reviente al menos con el consuelo de que así no perjudica a nadie.

—¡Pero los que han huido de River también estaban contagiados! ¡Habían sufrido vómitos!

—Cierto, aunque por fortuna parece que se van recuperando. Eso nos hace concebir esperanzas. Además, los tenemos a todos reunidos en un lugar donde no se rozan con nadie.

—¡Déjeme al menos ir con ellos! —pidió Chalmers.

—¡Imposible! ¡Las órdenes son las órdenes!

—¡Por favor, escúcheme! ¡Vamos a hablar al menos viéndonos las caras, de persona a persona!

Intentó avanzar de nuevo, pero una segunda bala le detuvo en seco.

Esta vez el plomo se había hundido en el suelo, junto a sus pies. Tanto que los impecables zapatos de charol que llevaba quedaron manchados de tierra.

—La próxima vez tiraré a matar —dijo la voz—. No me obligúe a hacerlo, porque le juro que no vacilaré.

Chalmers tragó saliva amargamente.

No cabía duda de que estaba ante un individuo duro de mollera, uno de esos centinelas que no dejan pasar ni a su padre.

Volvió la espalda y regresó a la población, donde no había luces más que en dos sitios: el saloon y el almacén.

Del saloon aún brotaba aquella lenta y cadenciosa música de piano.

Era una música extraña, amarga, que a Chalmers le pareció su propio himno de funeral.

Miró por encima de los batientes.

La chica estaba sentada en la banqueta.

Y haciendo pensar al granuja de Chalmers que la vida será siempre hermosa mientras existan mujeres así.

Ella no volvió la cabeza.

Pero parecía tener los ojos en la nuca, porque preguntó:

—¿Le gusta?

—¿El qué? ¿La música?

—No, hombre, no. El panorama.

Y cambió un poco de posición, para que Chalmers la viera mejor.

—Pues…, pues es estupenda. Claro que yo he venido aquí por la música, ¿sabe? Sólo por la música.

—Pues no sé por qué se queda. Ya hace al menos dos minutos que no toco.

—Si quiere ya tocaré yo.

La frase no impresionó para nada a Yolanda, que dijo agriamente:

—¡Váyase al diablo!

—Mujer, no se ponga así. Billy no,s ha hablado muy bien de usted. Dice que es una chica simpática y estupenda.

—Con Billy he sido simpática porque tendrá unos veinticinco años. Pero en cambio usted pasa de los cincuenta.

Chalmers hizo un gesto de amargura.

Gracias a su sombrero podía cambiar muchas cosas, pero no podía cambiarse la cara.

—De todos modos venga con nosotros si quiere —susurró.

—Gracias, pero Phil Baker puede venir aquí de un momento a otro, ¿sabe? Prefiero que me encuentre a mí sola. De lo contrario es fácil que haga entre ustedes una matanza.

Chalmers comprendió que no lograría nada con aquella mujer.

De modo que se largó con el rabo entre piernas.

Cuando llegó a la choza, no encontró a nadie en ella. Sin embargo, la claridad de unas antorchas a no mucha distancia, junto al río, le indicó que sus compañeros se habían concentrado en aquella zona. Anduvo unas yardas y los encontró. Estaban junto a dos sepulturas.

Una más grande y otra más pequeña.

En la más pequeña estaban clavando ahora una cruz.

Una cruz preparada con más amor, trabajada al parecer entre un temblor de lágrimas.

El propio Chalmers se sintió impresionado ante aquello.

Había vivido siempre de engañar al público a base de sus trucos de magia, y pensaba que ya nada podía afectarle. Pero ahora notó que ¡e faltaba la respiración. Notó también que las manos de Billy —a pesar de que éste era un tipo duro— temblaban levemente.

Silvia lloraba en silencio.

Las lágrimas resbalaban por sus mejillas tersas.

La cruz quedó clavada al fin.

Chalmers susurró, mirando a Billy:

—¿Lo han enterrado ahí?

—Sí.

—¿Quién lo ha hecho?

—Su padre y Anita.

—Mal trago para Anita. Pobre muchacha.

—Ella ha querido ayudarle. Es una chica con una gran dosis de humanidad. Muchas mujeres que se las dan de dignas y honradas tendrian que tomar ejemplo de ellas.

Todo el mundo iba volviendo en silencio la espalda y abandonando la zona en que estaban las dos tumbas.

El eterno olvido empezaba a abatirse sobre los muertos.

Billy susurró:

—He oído antes dos disparos. ¿Ha sido usted?

—Sí. Y he de darles una mala noticia por si tratan de salir de aquí. Estamos metidos en una jaula.

—¿No nos dejarán salir de la ciudad?

—Exacto. Han colocado centinelas. Dicen que estamos ya perdidos y que no quieren que contagiemos a nadie más. He pensado que tal vez podríamos huir por el río, pero el Blue baja tan crecido que nos ahogaríamos al tratar de cruzarlo.

Billy hizo un gesto de abatimiento.

—Pienso que es inútil. Tienen razón los que creen que estamos condenados a muerte.

—Pero ¿va a resignarse a eso? ¿No va a luchar?

—De nada nos serviría. Dentro de un par de días estaremos muertos todos.

Chalmers apretó los puños desesperadamente.

—¡Pero yo no quiero morir…!

40

—De poco le servirá gritar, amigo. Cada uno tiene su destino

negro, y nosotros nos tropezamos con el nuestro al llegar a River. De todos modos intentaré que le dejen salir. A usted y a las mujeres.

—Le advierto que el centinela con el que he hablado es un cabeza dura.

—Trataré de convencerle. ¿Vamos?

—Está bien —accedió Chalmers, con una luz de esperanza en sus ojos—. Vamos a intentarlo.

Atravesaron de nuevo la ciudad, mientras por la calle se difundían otra vez las notas lentas y cadenciosas del piano. Las sombras ya eran muy espesas, y el rectángulo de luz que llegaba de la puerta del saloon dejaba en la calle como una mancha misteriosa. Chalmers susurró:

—No puedo creer que yo vaya a morirme.

—Todos moriremos algún día—.

—¿Quieres decir que vaya a diñarla dentro de unas horas? No puede ser. ¡Me encuentro estupendamente!

—Es lógico. Aunque nos hayamos contagiado, no tenemos tiempo de encontrarnos mal. Lo peor será mañana.

Chalmers se estremeció.

—¿Cree que… empezaremos todos al mismo tiempo?

—Imagino que no. Por lo que sé de la enfermedad, ésta no ataca a todo el mundo, de modo que para alguno quizá haya esperanzas. También debe depender de la resistencia. Habrá quien muera mañana mismo y quien resista un par de días.

—¡No me hable de morir mañana mismo, maldita sea!

—Pues debe ir acostumbrándose a ese pensamiento. Y a todo esto: ¿dónde demonios está ese maldito centinela? ¿Desde dónde le han tiroteado, Chalmers?

El prestidigitador se detuvo extrañado.

Conocía muy bien aquel paisaje, e incluso era capaz de señalar el sitio donde tuvo que arrojarse a tierra unos minutos antes.

Pero ahora no ocurría nada.

—¡Eh! —llamó—. ¡Eh…!

No contestaron.

Chalmers musitó:

—Estoy seguro de que el centinela disparó desde ahí.

—¿No se le habrá metido a usted en el sombrero?

—No haga bromas ahora, por favor. Mi sombrero está lleno de

trucos. Si algún día se los explico se maravillará. Pero nunca ha cabido un hombre dentro.

—Está bien, en ese caso veamos lo que ha ocurrido con el centinela. Sólo tenemos que avanzar unos pasos más.

Los avanzaron.

Y entonces vieron a su hombre.

Tendido con los brazos en cruz y con los ojos desorbitados que parecían mirar al cielo.

Todavía con el cuchillo clavado en la garganta.

Capítulo V

OS REGALO LA MUERTE

Los dedos de Billy temblaron un momento junto a la culata del «Colt».

Miró en torno suyo, pero no se distinguían más que las sombras. Sin embargo a aquel hombre lo había matado alguien, y además por la espalda. Le habían sujetado por detrás mientras le clavaban a traición el cuchillo en el cuello.

Chalmers tartamudeó:

—Lo han li li li li ¡liquidado!

—¿Lleva por casualidad un ataúd en su sombrero, Chalmers?

—No… no… No lo llevo… Sólo tengo un… un… papelito, un… un loro… y… y… el retrato de una chica en… en… com… combinación.

—Pues cállese.

—Si me callo yo… ha…ha…hablará el loro.

—Pues amordácelo.

Billy se inclinó sobre el muerto y arrancó con suavidad el cuchillo clavado en su garganta.

Parecía muy distraído.

Pero de pronto demostró que no lo estaba.

Todo su cuerpo se arqueó. Sus brazos giraron con tal rapidez que fue imposible verlos.

La sombra que se había lanzado sobre él quedó como suspendida en el aire.

El cuchillo se le había clavado hasta las cachas. Billy lo retorció unos momentos dentro de su víctima para no darle ninguna

oportunidad.

El puñal que llevaba su enemigo resbaló hasta el suelo.

No se escuchó ni un gemido.

La herida había sido mortal.

Chalmers se llevó las manos a la boca.

Pero no había un segundo que perder. Otra sombra saltaba también desde la oscuridad. Éste llevaba un largo machete que llegaba a parecer una bayoneta de guerra.

Hizo un quiebro tratando de ensartar a Billv.

Pero éste era demasiado hábil para dejarse atrapar. Hizo un quiebro que recordaba al de un torero cuando pone las banderillas. La bayoneta pasó junto a él y detrás pasó su dueño.

Billy movió las dos manos sucesivamente.

Y dos golpes terribles, propinados de canto, se abatieron sobre la nuca de su enemigo cuando éste se hallaba inclinado aún. Ya no volvió a moverse más. Cayó fulminado al suelo como una res abatida.

Chalmers se quitó el sombrero de copa e hizo una reverencia.

—¡Qué golpes, amigo! —dijo—, ¡Qué golpes…!

Pero encima de su calva, que había quedado descubierta, apareció un pequeño loro que empezó a gritar:'

—Descansen en paaaaz… Descansen en paaaaz… Descansen en paaaaz…

—¡Haga que se calle ese bicho!

—¿Por qué? Está muy bien educado. Y yo lo tengo entrenado para los entierros. Es de efecto seguro.

—¿Es que no lo entiende? ¡Los hombres de Baker están rodeando en silencio la ciudad!

—Ah, cuernos.

Y Chalmers volvió a cubrirse la cabeza haciendo que el loro desapareciera. Luego se rascó detrás de la oreja y preguntó:

—¿Cree que han matado a los otros centinelas?

—Estoy seguro de que sí.

—Pero ¿por qué no atacan a sangre y fuego? Deben ser muchos. ¡Nosarrollarían!

—Exacto. Atacarían sin miedo si supieran cuántos somos, pero no lo saben. Primero quieren observar.

—Vamos a avisar a los otros.

Billy movió la cabeza pensativamente.

—Primero quiero sacar a Yolanda del saloon. No estoy dispuesto a que la maten como a un caballo cojo. Si desean acabar con ella, tendrán que sudarlo. ¿Verdad que hay un hotel en la ciudad?

—Bueno, un hotelucho.

—También hay un par de casas buenas —dijo Billy—, Nos instalaremos en una de ellas, puesto que su dueño no va a impedirlo. Y nos fortificaremos allí. ¡A ver si se atreven a venir!

Había hecho un gesto de decisión, como si estuviera absolutamente decidido a la lucha, pero de pronto rió pesarosamente.

—Claro que no sé de qué va a servir… —reconoció—. Morir de la peste o morir de un tiro. Quizá sea mejor morir de un tiro. De todos modos trataré de salvar a esa muchacha.

Volvieron al saloon.

Ahora caminaban atentamente, sabiendo a lo que se exponían. Claro que, como no habían hecho ningún ruido, Phil Baker debía creer aún que sus hombres continuaban en el mismo sitio.

Nada ocurrió.

La chica había dejado de tocar.

Estaba sentada en una silla y con los pies sobre la mesa frontera.

Susurró al ver a Billy:

—Hola, muchacho.

—Vengo a darte una mala noticia. Los hombres de tu amigo Phil Baker ya están aquí.

Si aquello produjo algún sobresalto a Yolanda, ella supo disimularlo muy bien. Claro que ya tenía motivos para saber que aquello, de todos modos, ocurriría de un momento a otro.

—Lo esperaba —susurró—. ¿Cómo has podido saberlo?

—Porque han tratado de matarnos. Por fortuna yo he liquidado a dos de ellos.

—De poco va a servirte.

—¿Cuántos son?

—Antes eran diez, pero puede haber más.

—¿Tú qué piensas? Dilo sinceramente.

—Que habrá más. Baker nunca hace nada al azar. Cuando da un golpe, por sencillo que parezca, reúne todos sus hombres disponibles. Calcula que tienes que enfrentarte aún a doce o catorce

enemigos y no te equivocarás de mucho.

Billy no contestó.

Fue hasta la barra, se sirvió él mismo una copa de *whisky* y la bebió en silencio.

—De todos modos vamos a darles guerra, Yolanda —murmuró.

—De nada te va a servir,

—Cierto. Pero tampoco me gusta dejarme matar como una liebre. Nos encerraremos en el edificio de la ciudad que consideremos más seguro y nos haremos fuertes allí. Hay colchones y muebles para formar barricadas. Tampoco nos faltarán armas ni municiones.

—Ni enfermedades —dijo Yolanda con voz de resignación—. Reventaremos todos antes de dos días.

—Lo sé, pero al menos moriremos luchando.

Le hizo una seña para que saliese justamente cuando Chalmers ya se estaba limpiando los cristales de las gafas.

La chica se puso en pie.

—Eres un tipo raro, Billy —dijo.

—¿Por qué?

—¿A qué me has dicho que te dedicabas?

—Soy algo así como un registrador de la propiedad. Un tipo que anota oficialmente las zonas del país que están libres y luego las concede a los que desean ocuparlas y trabajarlas.

—Vamos, una especie de chupatintas de categoría.

—Podría decirse que sí.

—¿Y entonces quién te ha enseñado a pelear? Porque liquidar a dos de los hombres de Baker no te habrá resultado tan fácil. El no tiene aprendices.

—No siempre me he dedicado a ese lío de los terrenos —explicó Billy—. Antes tuve una vida bastante violenta.

—¿Qué hacías?

—Conducía manadas en Texas.

—Pues más te hubiera valido seguir haciéndolo, muchacho. Y ahora salgamos de aquí si te parece. No tengo inconveniente en morir en un hotel o una casa elegante. Al menos, puestos a reventar, lo haré cómodamente.

Salieron los tres.

El resto de las personas que en aquel momento ocupaban River,

estaban aún reunidas en la choza.

El río crecía más y más.

Parecía amenazarles.

Pero nadie parecía preocuparse. Los tres tahúres se habían puesto incluso a jugar en el suelo una partida de naipes, haciéndose entre ellos tal cantidad de trampas que sólo les faltaba sacarse un as falso de las orejas.

Cuando vieron a Yolanda, dejaron de jugar.

Roswell quedó tan impresionado que por poco se traga la carta que acababa de sacarse del calcetín.

—¿Ésa es la chica de la que nos habías hablado?

—Sí, es ella.

—Pues podías haberla enseñado antes.

—¡Qué tía!

Silvia dijo acremente:

—¿Por qué os fijáis todos en esa mujer? ¿Olvidáis que somos unos condenados a muerte?

—Precisamente por eso —dijo Chalmers—. Yo me agarro a la vida con todas mis fuerzas. Ven, vida.

Resultó que la «vida» era Yolanda.

Ella se apartó, y Chalmers, que se había lanzado a fondo, se encontró en los brazos de Rex, que lo había recogido para que no cayera.

Rex le dijo al oído:

—Tengo un naipe falso debajo del cuello de la camisa. Tómelo y métaselo en el sombrero sin que nadie se dé cuenta. Puede hacernos falta. ¡Pronto!

—¡Váyase al cuerno! ¡Yo lo que quiero es la chica!

Añila, que había salido un momento, regresó entonces junto a la puerta. Tenía una expresión trágica, lo que no hacía disminuir su belleza. Al contrario, le daba más calidad. La convertía en una estatua más palpitante y más deseable, más hermosa.

Billy musitó:

—¡Pensar que una vez que estoy rodeado de mujeres bonitas tengo que morirme!

—Me temo que la cosa sea peor de lo que pensáis —dijo Anita —. Acabo de ver a dos hombres que cruzaban disimuladamente de lado a lado de la calle principal.

—La banda de Baker está tomando posiciones —dijo Billy—. No pierden el tiempo.

El padre del chiquillo muerto pareció despertar de un sueño. Dijo con voz ronca:

—¿La banda de Baker?

—Sí, eso es.

Y Billy explicó todo lo ocurrido. Le escucharon en silencio, casi sin pestañear. Al fin el padre del niño murmuró:

—Quizá usted ni siquiera conoce mi nombre. Me llamo James. Sé que voy a morir, porque mis piernas tiemblan y ya empiezo a ver las cosas como si estuvieran muy lejanas. Pero creo que ustedes deben defenderse. Debe defenderse sobre todo usted, Billy, que es una persona importante.

—¿Importante yo?

—Se trata de un funcionario del Gobierno y no podemos consentir que muera.

Billy se encogió de hombros.

—No diga tonterías. Yo sólo pretendo defender a las mujeres.

—Está bien. Pues elijan el edificio que está enfrente del, *saloon*. Es el más sólido y allí podrán defenderse durante varios días si hace falta. Después, ¿qué importa?

Y trató de avanzar, para llegar hasta la puerta.

Pero de pronto sus rodillas se doblaron.

Lanzó un grito y cayó al suelo estruendosamente.

Las dos mujeres, Anita y Silvia, fueron las primeras en recogerle, de tal modo que no podía decirse que aquel tipo hubiera caído mal, ni mucho menos. Pero no parecía darse cuenta de que estaba en tan buenas manos. Sus ojos se habían cerrado y gemía entrecortadamente.

Billy tragó saliva.

Hasta entonces había sentido la muerte como una cosa cierta, pero más o menos lejana. Ahora se daba cuenta de que la muerte estaba allí mismo, junto a él y junto a los demás. ¿Cuánto tardaría en sentir él mismo él temblor en las rodillas que sentía James? ¿Cuánto tardaría él también en lanzar aquella especie de espuma blanca por la boca?

Sintió piedad y al mismo tiempo una especie de náuseas.

Aquella clase de muerte era repulsiva.

Mejor terminar de una bala.

Anita susurró:

—Sé lo que estás pensando, pero es un ser humano que necesita ayuda. Saquémoslo de aquí.

—¿Qué podemos hacer por él?

—Darle *whisky*. Hacer que al menos se emborrache. Que muera sin darse cuenta.

El edificio frontero del Saloon no estaba lejos. En efecto, era el más sólido de la ciudad, porque en parte estaba construido de piedra. Entraron en él sin que nadie les molestara y encendieron las luces.

Todos sabían que les estaban observando.

Que los hombres de Phil Baker observaban sus movimientos.

Pero nada ocurría por el momento, aunque la tempestad no podía tardar en desencadenarse. Mientras James era tendido en una de las camas, Billy y los otros dos hombres disponibles protegieron la puerta y las ventanas con colchones, almohadas y muebles. Cinco minutos después aquello se había convertido en una pequeña fortaleza.

Estaban relativamente protegidos contra un ataque exterior, pero ¿quién les protegía contra la muerte que llevaban dentro de sí mismos?

Billy pensaba en eso cuando colocaba el último colchón en la última ventana.

Tuvo entonces la sensación extraña de que unos ojos se habían clavado en su nuca.

Se volvió.

En efecto, era Anita la que le miraba. Sus ojos quietos y profundos estaban clavados en él. Unos ojos tan quietos y profundos como los de una mujer mexicana.

—Sé lo que estás pensando, Billy. Que de todos modos vamos a morir, ¿verdad?

—Sí, muñeca, estaba pensando eso. ¿Cómo se encuentra James?

—Muy mal.

—¿Dónde lo has puesto?

—En la única habitación que tiene una cama entera. Al menos allí podrá descansar los últimos minutos que le quedan de vida.

—¿No crees que…?

—No, no creo que viva. No puede vivir. El mismo está deseando la muerte.

—¿Porqué?

—Lo de su pobre hijo ha sido demasiado brutal para él.

Billy hundió la cabeza.

Quizá nunca se había sentido tan triste, tan abatido como entonces.

¡Y eso que en su vida había pasado por tantas cosas…!

—Quisiera ver a James —murmuró—. Me gustaría al menos poder darle ánimos.

—No, no lo hagas. Está muy mal. Yo misma cuidaré de él hasta que todo termine.

Billy la contempló con admiración.

—Eres una mujer admirable, Anita.

—No soy más que una pobre idiota.

—¿Sabes que estando a su lado te contagiarás cien veces?

—¿Y qué? ¿Piensas que de un modo u otro tenemos alguna salvación?

La muchacha dio un breve paseo por el vestíbulo, mientras miraba hacia las elegantes escaleras de la casa.

Al fin las señaló.

—Arriba hay otro dormitorio donde puedes descansar —dijo a Billy—. Creo que debes hacerlo porque hay que ahorrar energías. Esto puede durar un par de días al menos.

—Tienes razón. ¡Chalmers!

Chalmers volvió la cabeza.

—¿Qué pasa?

—¿Se siente capaz de vigilar la calle a través de esa ventana, durante un par de horas, y dar la alarma si alguien se acerca?

—Claro que sí —dijo el prestidigitador—. Aunque en cuestión de señoras parece que «no veo», tengo una vista de lince.

Avanzó dos pasos, tropezó con una mesa y por poco se descalabra.

Pero gritó, señalando a Silvia, que ascendía por la escalera:

—¡Tiene un punto suelto en la media derecha, a la altura de la rodilla!

Billy se pasó una mano por la boca.

—Bueno —dijo—, ¿Qué es lo que este tío ve y qué es lo que no

ve?

Chalmers se fue poniendo en pie poco a poco mientras murmuraba:

—Tal vez me haya equivocado. Tal vez sea en la media izquierda.

CAPÍTULO VI

NO HAY ESPERANZA, BILLY

El joven estaba tendido en un diván amplio que podía hacer las veces de cama. También había una cama en la habitación, pero no tenía colchones. Todos estaban protegiendo las ventanas en espera de un ataque que no llegaba.

El silencio se había hecho agobiante.

Billy escuchaba el «tic, tac» de un reloj en una habitación contigua, pero ignoraba la hora que era. Había perdido la noción del tiempo. Como la habitación no tenía ventanas, ignoraba si era de noche o había amanecido ya.

Habían acordado que Chalmers le avisaría después de un par de horas de guardia,

Pero no le avisaba.

La quietud de la ciudad era insoportable, como si ya estuvieran todos metidos en su propia tumba.

Al fin la puerta se abrió.

Pero no era Chalmers.

Era Anita.

La muchacha, aunque tenía un aspecto abatido, estaba quizá más hermosa que en ningún otro momento de su vida. Cerró la puerta a su espalda y se quedó apoyada allí, con las manos en el pomo, mientras respiraba fatigosamente.

Una expresión de sufrimiento cruzaba por su rostro.

Tanto que sin necesidad de una sola palabra, Billy adivinó la verdad.

—¿Ha… muerto? —bisbiseó.

—Sí. James ha muerto.

Billy se incorporó un poco sobre el diván, apoyándose en un codo.

Y sin saber por qué preguntó una cosa absurda, pero que al menos le servía para seguir aferrándose a la realidad de la vida con todas sus fuerzas.

—¿Qué hora es?

—Las tres de la madrugada.

—¿Tan tarde? ¿Por qué no me ha llamado Chalmers para el relevo?

—Dice que no está cansado y que puede seguir. Que ya dormirá mañana.

—Sí que tiene aguante el tío.

—Yo creo que tiene otro motivo. Mi madre está sentada en una butaca con las piernas cruzadas. Y ya sabes que mamá es una mujer muy joven y muy guapa.

—O sea que ese maldito de Chalmers no ha mirado a la calle ni una sola vez.

—No te preocupes. Por el momento tampoco ocurre nada.

Suspiró con infinito desaliento, mientras se sentaba a los pies del diván, cerca del joven.

Y repitió:

—No ocurre nada.

Pero los dos sabían que si. Que estaban ocurriendo muchas cosas y que además no habían hecho sino empezar.

—¿Cuánto hace que James ha muerto? —murmuró Billy.

—Diez minutos más o menos:

—Ha sido muy rápido…

—Mejoras.

—¿Ha… sufrido mucho?

—Es difícil decirlo. Tal vez no se haya dado cuenta de nada. Le he ido dando vasos de *whisky* mientras ha tenido fuerzas para tragar.

—Habrá que sacar el cadáver de aquí… Hay que hacerlo antes de que nos cerquen y nos ataquen.

—Ya he pensado en eso. Bruce se lo ha llevado a hombros. Bruce es el único de los forasteros que queda. Los que se dice que trajeron aquí la peste.

—Y él está condenado también…

—Lo estamos todos.

Billy notó que nadan unas gotitas de sudor en su frente. Dominó su nerviosismo. Desde que puso los pies allí sabía que iba a morir, pero había momentos en que no se acostumbraba a la idea.

—También habrá que llevarse las ropas —dijo maquinalmente —. Y quemarlas cuanto antes.

—Resulta desagradable —murmuró ella—, pero ya he pensado en esto también. Bruce se lo ha llevado, y yo me he lavado perfectamente y me he cambiado de ropa.

En efecto, ahora se dio cuenta Billy de que la muchacha llevaba otro vestido.

Quizá más cortito que el otro.

Más atrevido.

Un vestido que…, ¡ejem…!, a pesar de todo hacía pensar en la vida.

Ella le miraba fijamente.

Billy no la dejó, mientras tiraba de su mano derecha y la hacía caer sobre el diván.

Musitó:

—Anita…

Tenía los labios de la mujer muy cerca, endiabladamente cerca.

—Ayer no conocías mi nombre, Billy. ¿Por qué ahora lo pronuncias de ese modo?

—Un día ya es bastante para que las cosas cambien por completo una vida, Anita. Tampoco ayer ni tú ni yo sabíamos que íbamos a morir.

—En unas horas no puedes enamorarte de mí.

Billy cabeceó lentamente.

—Quisiera serte sincero, Anita. Tienes razón. Tal vez no esté enamorado de ti, lo que se dice enamorado. Pero me gustas.

Ella se retiró poco a poco.

No huyó.

Sólo una sombra de tristeza pasaba por su rostro.

—Lo peor es una cosa, Billy.

—¿Qué?

—Que yo sí que me he enamorado de ti.

La frase quedó como colgada en el aire, como flotando entre los

dos. Pareció vibrar en su piel, en sus pensamientos.

Pareció entrar en sus cerebros como una idea fija que cambiaba sus vidas.

Se puso en pie.

Ahora sí que él la dejó.

—Adiós, Billy —murmuró ella—. Si todos estáis aquí, si todos vais a morir, es por culpa mía. Pudisteis perfectamente haber marchado con los otros y yo os pedí permanecer aquí. Yo soy la responsable de vuestra muerte, Billy. No quiero causaros, más preocupaciones ya.

Quizá adivinaba sus pensamientos, con aquellos ojos penetrantes y profundos.

Quizá adivinaba que él quería vivir.

Murmuró:

—¿Cómo te sientes?

—Me avergüenza decirlo —susurró Billy—, pero me siento mejor que nunca.

—Puedes salvarte. Dicen que en estas ocasiones no todo el mundo muere. En los casos peores mueren las tres cuartas partes de gente. Ya es bastante, ¿no? Pero la otra cuarta parte se salva.

—¿Piensas que yo puedo ser de los que tienen suerte?

—No lo sé, pero por ahora la has tenido.

Billy tomó una de sus manos.

Aquella mano temblaba.

Eran entre las suyas como el cuerpo de un pajarillo aún caliente, pero que de un momento a otro puede morir.

—Y tú, ¿cómo te sientes?

Anita desvió la mirada.

—A veces siento como un extraño mareo, pero no tiene importancia.

Ahora temblaron las manos de Billy.

—¿Tú crees que…?

—No lo sé.

—Por Dios, Anita. Tú…, tú no puedes morir.

—¿Y por qué no? Yo soy como los otros.

—Tú eres distinta.

—No nos hagamos ilusiones, Billy. Por desgracia todos acabaremos igual. En fin, yo sólo había venido a darte la mala

noticia, ¿sabes? Ahora será mejor que sigas descansando.

Y se puso en pie.

O al menos lo intentó.

Y tiró de ella.

Y la hizo caer nuevamente.

Y musitó:

—Ya que me has ayudado a morir, ayúdame también a vivir, muchacha…

Ella dejó que la besara.

Musitó:

—Hacemos una locura, pero a los que van a morir no se les niega nada.

Billy remachó:

—Tienes razón, muñeca.

* * *

Debía hacer unos veinte minutos que Anita ya se había ido y empezaba a clarear sobre la ciudad. Billy se estaba estudiando a sí mismo pensando encontrar de un momento a otros síntomas de la terrible enfermedad, pero la verdad era que se sentía bien. Empezaba a pensar que él quizá sería de los que se salvasen.

Pero un pensamiento se le hacía insoportable.

La muerte de Anita.

Ahora se daba cuenta de que sentía algo distinto por aquella mujer, por aquella chiquilla casi. Ahora se daba cuenta de que se había metido de verdad en su alma.

Al marcharse, ella le había confesado que se sentía mal.

Billy temblaba.

No quería ni imaginar que al día siguiente, aquel mismo día mejor dicho, hubiera una tumba más junto a.la del niño, junto a la de James, junto a la del primer muerto. ¡Y que aquella tumba fuera la de Anita!

Golpearon quedamente en la puerta.

El susurró:

—Adelante.

Pensaba que era Chalmers que por fin venía a hablarle del relevo.

Pero no. Era Silvia. La madre de Anita.

Una mamá de sólo treinta y seis o treinta y siete años.

Una mamá de las que quitan el hipo.

También se había cambiado de ropa.

También ésta era más cortita.

Billy tragó saliva.

Silvia había cerrado la puerta a su espalda.

Susurró:

—¿No estaba aquí Anita hace un momento?

—Sí. Ha estado…, ¡ejem…!, diciéndome que James había muerto. Pero se ha ido enseguida.

—Pues no la encuentro por ninguna parte.

—¿Se sentirá mal?

—No creo. El que tienes muy buena cara eres tú.

—La verdad es que me siento bien. ¿Y los otros?

—No sé. No me he fijado. Descansan.

Y se sentó en el borde del diván, mirando fijamente a Billy.

Éste hizo:

—¡Ejem…!

Pero la otra siguió mirándole fijamente, con unos ojos aterciopelados e intensos.

—¿Sabes? —musitó—. Yo apenas conocí a mi marido.

—¿Ah, no?

—Quedé viuda muy pronto. Prontísimo.

—No sabes cuánto lo siento, Silvia. Pero ¿qué le vamos a hacer? Son cosas que pasan.

—El caso es que en mi corazón siempre ha habido una gran ternura, una ternura que ningún hombre ha podido satisfacer.

Billy temblaba.

—Pues hay que seguir buscando —dijo—. Ya sabe: donde menos se piensa salta la liebre, digo el hombre.

—El caso es que nunca encontraré lo que necesitaba. Y es que., ¡hay cada uno por ahí! Hijo, los hombres sois muy bestias.

—Cierto —murmuró Billy, lleno de esperanza—. Somos muy bestias. Yo de ti no me acercaría a ninguno. He dicho a «ninguno»..

57

Recalcó la cosa porque ella se acercaba más, pero a Billy no le sirvió de nada.

Silvia musitó:

—Ahora mismo, abajo, ese burro de Chalmers se me comía con los ojos, ¿sabes? Pero yo como si nada.

—Y eso que él tiene cuatro ojos y yo sólo tengo dos. No puedo comerme a nadie.

Silvia se acercó un poco más.

—Pero tú eres distinto, ¿sabes?

—Silvia, gracias por tu visita, pero tengo que entrar enseguida en mi turno de guardia.

—Tú me recuerdas a mi esposo difunto.

—¡Pues qué bien!

—Lo amé con locura.

—Entonces vamos a guardar un minuto de silencio por él, ¿eh? Hala, vamos abajo.

CAPÍTULO VII

EL ULTIMO NAIPE

El ambiente en el interior de la casa era de extraño silencio.

En el vestíbulo no se veía a nadie más que a Chalmers, que continuaba junto a la ventana. Era increíble la resistencia de aquel tipo, teniendo en cuenta su edad. Pero cuando Billy se acercó más y vio que dormía como un tronco, ya no le pareció tan increíble.

Si los hombres de Baker no habían asaltado aquello aún era porque no se habían dado cuenta de que nadie vigilaba. En caso contrario podían haber llegado hasta el fondo de la casa sin disparar un solo tiro.

Billy zarandeó a Chalmers, procurando no mostrarse a través de la ventana.

—¡Eh, amigo! ¡Despierte de una vez, maldita sea!

Chalmers despertó sobresaltado.

—¿Quién es? ¿Silvia? ¡Ya era hora, amiga mía, ya era hora! Ven a los brazos de tu cariñito que te ha estado esperando toda la noche.

Billy le arrojó un vaso de agua a la cara.

—¡Despierta de una vez, carcamal! ¡Ni Silvia ni nada! ¡Si los hombres de Baker llegan a atacar, te despiertas en el otro mundo!

Chalmers se pasó las manos por la cara.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué hora es?

—Creí que vigilabas.

—Hum… Ya lo he hecho. Puedes estar tranquilo, muchacho. Esos malditos pistoleros se han asustado al verme.

En aquel momento entró Anita en la habitación.

Estaba algo pálida.

Llevaba en las manos una bandeja con dos tazas de cate.

—Creo que debéis tomar algo caliente —dijo—. Hay que estar preparado para lo peor. No sé por qué, pero esta calma no me gusta.

—¿Has visto movimiento en la población? —preguntó Billy.

—No se nota nada.

—¿Cómo estamos de alimentos por ahora?

—Quedan para un par de días. Es suficiente. Dudo mucho que dentro de un par de días tengamos necesidad de córner.

—No seas tan pesimista. No hay que perder las esperanzas jamás.

Notaba que los ojos de la muchacha estaban turbios.

Y no era sólo por lo de la noche.

Había algo más.

Billy musitó:

—¿Es que…?

—Sí. Hay otro enfermo.

—¿Quién?

—Roswell.

Billy se pasó una mano por la cara, intentando inútilmente borrar las huellas de preocupación que habían aparecido en ésta.

—¿Se ha puesto ya negro? —musitó.

—Por Dios, Billy, no hables así. Es deprimente.

—Sólo trato de saber cómo está.

—Muy mal. Y reconozco que tenías razón al hacer esa pregunta: Si, se ha puesto ya negro. Siente fuertes dolores, y lo peor es que no sé cómo calmárselos.

—Dale *whisky*. Es lo único que tenemos.

—Su estómago no lo tolera, pero además se ha terminado ya.

—Iré al almacén o al saloon. Allí queda mucho.

Anita hizo un gesto de preocupación.

—¿Y no has pensado en los hombres de Baker?

—Conseguiré ir hasta allí y volver. Al fin y al cabo no será tan difícil.

—Más valdrá que primero entres un momento en la habitación de Roswell. El quiere verte.

Y le señaló una de las puertas.

El joven avanzó penosamente hacia ella.

Sabía que lo que les estaba ocurriendo a los demás iba a

ocurrirle a él también, más pronto o más tarde. De modo que se sentía tan animado como el que va a dar una capa de pintura a*su propio ataúd.

Cuando vio a Roswell tuvo que dar casi un paso atrás.

Roswell estaba tendido en una cama. Una manta cubría la mitad de su cuerpo, pero la otra mitad, sobre todo la cara, bastaba para ver que había cambiado el color de su piel. Éste era de un color negro metálico. Roswell, antes tan animoso, tenía los ojos hundidos y gemía entrecortadamente.

Billy sintió vértigo.

El nunca había sido cobarde.

Pero le horrorizaba una muerte así, aquella muerte triste, miserable y sucia.

Trató de sonreír, sin embargo, mientras murmuraba:

—¿Qué tal, Roswell? Fenómeno, ¿eh?

—¿Fenómeno? ¿Es que necesitas gafas, muchacho?

—No tienes tan mal aspecto, después de todo…

Roswell gimió mientras señalaba un mazo de cartas que descansaba en la mesilla.

—He pasado una noche horrible. Y he tratado de empapurrarme de *whisky*, pero mi estómago no lo aguantaba… Vamos a ver, muchacho. Yo tengo mucha fe en las cartas.

—Siempre has vivido de ellas.

—Los naipes me dirán mi destino. Me dirán si voy a salvarme o no.

Billy hizo un gesto de desesperanza, procurando que el otro no lo notara.

Si Roswell iba a salvarse, a él iban a hacerle presidente de Estados Unidos.

—¿Qué quieres que haga? —musitó.

—Saca un naipe. El que quieras.

—¿Para qué?

—Si sale un as, voy a morir. Si sale otro naipe cualquiera, me salvo.

—Saldrá otro naipe cualquiera. Es muy raro que salga un as.

Y Billy extendió las cartas y eligió una al azar.

La volvió.

Sus facciones palidecieron.

Era un as.

Roswell, que había tomado la carta entre sus dedos, la volvió a dejar en el mazo. O al menos quiso hacerlo. El naipe cayó lentamente al suelo.

—Billy —musitó—, prométame que me enterrará junto a mis amigos.

—¿Junto a quién?

—Junto a Rex y Griffith.

—Ellos están aún vivos, y no hay razón alguna para creer que van a diñarla.

Roswell cabeceó pesarosamente.

—No se haga ilusiones, Billy. Todos estamos condenados a muerte, y usted también lo está. Es cuestión de un día o dos solamente. Por ello le ruego que mi tumba esté junto a la de mis amigos. Es lo único que le pido.

—Prometo complacerle, Roswell.

—Otra… cosa.

—Lo que sea, lo haré.

—En la cruz no pongan ningún nombre. Claven simplemente un naipe. Todo el mundo sabrá que allí está enterrado un jugador.

—¿Nunca ha sido otra cosa, Roswell?

—Nunca. Puede decirse que nací con un naipe entre los dientes. Y ahora déjeme. Quiero…, quiero morir en paz…

Billy trataba de mostrarse animado, pero ya no podía.

La sensación de la muerte ya había penetrado hasta sus entrañas.

Sentía la boca angustiosamente seca.

—Le traeré algo de *whisky* —musitó.

—No se moleste. Ya…, ya no queda.

Y la cabeza de Roswell cayó sobre la cama.

Le costaba mucho respirar.

Tenía la boca siniestramente abierta.

Billy se movió pesadamente, como si sus pies fueran de plomo. Salió de la habitación cerrando a su espalda.

Anita estaba en el exterior.

Sus labios estaban crispados en una mueca de desesperación, como si se hubiera derrumbado ya toda su resistencia.

—¿Cómo está? —musitó.

—Creo que va a morir.

—Dios santo… Y no podemos hacer nada por evitarlo…

—Tal vez se dé menos cuenta con un poco de *whisky*.

—No tenemos ya nada.

—Iré a buscarlo —dijo Billy.

Pero ella le hizo una seña, indicándole que estuviera quieto, y entró en la habitación. Pasó en ella casi cinco minutos. Cuando salió, se retorcía los dedos nerviosamente.

—Ha muerto —bisbiseó.

Billy se pasó el dorso de la mano por la boca.

Estaba abrumado.

Aquella sensación de vértigo que antes había sentido le dominaba más y más. Pensó si aquello no sería el primer aviso de la muerte.

—Habrá que sacar el cadáver de aquí —dijo.

—Cuanto antes.

—El me pidió que lo enterrara junto a sus amigos Rex y Griffith, dando por descontado que también morirán. Abriré una sepultura junto a las de los otros.

—Está bien; hazlo.

Billy abrió la puerta exterior. Por un momento había llegado a olvidarse dé los hombres de Baker.

Pero aquella bala se encargó de recordárselo. Alguien gritó a su espalda:

—¡Cuidado!

Fue Rex el que acababa de gritar. Y además demostró una agilidad endiablada, una agilidad que salvó la vida de Billy.

Se lanzó a sus pies y lo hizo caer en el momento en que silbaba la bala.

Ésta pasó alta. De no ser por la agilidad de Rex, el descuido de Billy le hubiera resultado fatal. La puerta fue cerrada instantáneamente otra vez.

Billy susurró:

—Me has salvado la vida…

—Es que parecías borracho. Nadie hubiera hecho la tontería que tú acabas de hacer.

—Te parecerá mentira, pero ya había llegado a olvidarme de esos buitres.

—Claro… No es tan extraño, después de todo. Teniendo la muerte dentro, uno llega a olvidarse de la muerte que le aguarda fuera.

Billy hizo un gesto de preocupación.

—El caso es que…

No llegó a terminar la frase. Rex la terminó por él:

—Hemos de sacar el cadáver, ¿no?

—Exacto. No podemos dejarlo aquí, dentro de la casa. Ni siquiera podemos abrir una sepultura en el suelo. El suelo es de piedra.

—Pues es un problema que no sé cómo resolveremos.

De pronto Billy tomó una decisión.

Habló a través de la ventana, aunque sin mostrar el cuerpo.

—¡Eh, Baker, maldita sea tu estampa! ¡Hasta entre los peores enemigos se concede lo que te voy a pedir…!

Una voz ronca le contestó desde el otro lado de la calle:

—¿Qué demonios quieres?

—Tenemos un muerto. La ha diñado a causa de la peste negra, y no habrá modo de guardarlo aquí más de veinticuatro horas. Tienes que dejar que lo saquemos para enterrarlo.

Se oyó una carcajada.

—¿Y qué gano yo con eso, imbécil?

—Comportarte como un ser humano. Te repito que hasta entre los peores enemigos se hacen arreglos de esa clase. Después de las batallas suele haber una tregua para enterrar a los muertos.

La carcajada volvió a resonar, esta vez más burlona que antes.

—Vete al infierno, muchacho. ¡El muerto os lo quedáis vosotros hasta que reventéis! ¡Y si quieres sacarlo, yo también impongo una condición!

—¿Cuál?

—Yolanda está con vosotros. ¡La quiero!

Billy miró hacia atrás, mientras se mordía el labio inferior hasta hacerse sangre.

Yolanda estaba muy quieta en un ángulo de la habitación.

Sus ojos parecían no mirar a ninguna parte.

Y Billy pensó que no la entregaría. Que nunca pondría a aquella muchacha en manos de un sádico como Phil Baker.

—¡Yo te propongo algo mejor, Baker! —gritó—. ¡Aquí soy el

único que sabe disparar un poco bien! ¡Saldré a la calle y me enfrentaré a cuerpo limpio a tres de tus pistoleros! ¡Un desafío a muerte, tres contra uno! Si me matáis, como es normal, podréis conseguir fácilmente todo lo que os dé la gana, Pero si vivo, quiero que me dejéis sacar el cadáver.

Hubo un pesado silencio durante algunos minutos.

Baker parecía sopesar la idea.

Y al fin ésta pareció gustarle, aunque sólo fuera por aquello de que ningún pistolero de verdad se negaba a armar un desafío.

—¡Está bien! —dijo—. ¡Sal!

—Que salgan primero tus tres hombres.

—Lo haremos al mismo tiempo. Contaré hasta cinco.

Y Baker empezó a contar.

Billy se dirigió hacia la puerta.

Anita intentó detenerle. Su rostro se había crispado. Sus labios dijeron ansiosamente:

—No lo hagas… ¡Te matarán!

—¡Qué casualidad! Yo también pienso lo mismo, muñeca, pero es el único camino que nos queda,

—Te necesitamos más de lo que piensas, Billy. Sobre todo te necesito yo…

El le dio un cachetito en la mejilla.

Sentía por aquella mujer algo que resultaba muy difícil de explicar.

Y ahora no resultaba momento de explicarlo, desde luego. La voz de Baker ya cantaba:

—¡Cinco…!

Billy salió.

Tres hombres se asomaron también a la calle desde la casa frontera.

Por su aspecto debían ser buenos tiradores. Y además llevaban ya las manos sobre las culatas.

Billy musitó:

—65

—Cuando gustéis, amigos…

No hacía falta la invitación.

Los tres tipos eran de los que disparan primero y preguntan después.

Debían haber recibido una orden muy concreta, porque enseguida arquearon los cuerpos y sacaron los «Colt». Billy apenas tuvo tiempo de reaccionar en la última décima de segundo.

Pero demostró ser un verdadero diablo.

Algo que nadie esperaba.

Se oyeron gritos de asombro mezclados a gritos de agonía.

Billy había disparado sin sacar el «Colt» de la funda, amartillando con el pulgar y disparando con el índice a una velocidad de pesadilla. Ninguno de los tres hombres que estaban frente a él llegó a saber lo que ocurría. Como estaban muy juntos, a Billy le bastó mover un poco el revólver en abanico para cazarlos de lleno. Cayeron contorsionándose, sin que ni uno sólo lograra disparar. El que pudo poner antes el revólver en línea de tiro recibió una segunda bala entre las cejas que le hizo caer fulminado.

Billy tiró un poco la culata hacia atrás.

El revólver brilló entre sus dedos, fuera ahora de la funda.

—¡Ahora cumple tu palabra, Baker! ¡Deja que saquemos el muerto!

Billy se daba cuenta de que Baker podía traicionarle y matarle desde una de las ventanas.

Pero el pistolero estaba tan asombrado que no reaccionó en el primer momento. Sólo uno de sus hombres, que estaba semioculto en el tejado, intentó levantar el rifle.

Billy desvió un poco el revólver.

Se oyó otro disparo.

Y otro grito de agonía.

El tirador dio una vuelta de campana al caer, antes de estrellarse contra el suelo brutalmente.

Hubo un instante dramático, tenso, de terrible silencio.

Al fin la voz de Baker accedió:

—De acuerdo. Sacad el cadáver y permitidnos retirar los nuestros. Nadie disparará.

—Me parece un deseo muy razonable —dijo Billy.

E hizo una seña a Griffith y Rex para que se movieran. Los dos hombres ya llevaban el cuerpo de su compañero envuelto en una manta y tendido en unas parihuelas improvisadas con un viejo somier. No habían perdido el tiempo.

Salieron a toda prisa.

—¿Lo enterramos, Billy?

—Sí, junto a los otros.

En aquel momento tres pistoleros salían de la casa frontera para arrastrar los cadáveres y llevarlos a otro lado de la ciudad, donde pudieran ser enterrados. No se produjo ningún otro disparo ni se llegó a ver a Baker.

Billy vio que Anita y Silvia salían también de la casa, siguiendo a los dos jugadores. Era natural que quisieran asistir al último viaje del que había trabajado con ellas durante tanto tiempo. Pero en la casa sólo quedaba Yolanda, cosa que intranquilizó al joven.

De todos modos nada sucedía.

. Cuando los cuerpos de los cuatro pistoleros hubieron sido retirados, la calle quedó desierta. Billy volvió a la casa retrocediendo poco a poco y sin dejar de apuntar a cualquier posible enemigo que quisiera tirotearle desde el otro lado.

Nadie lo hizo.

Pudo cerrar la puerta al entrar en la casa otra vez.

Y entonces sintió la muerte. Entonces sintió la muerte como una cosa gélida y venenosa a su espalda.

Capítulo VIII

VUESTRA TUMBA, PERROS

Fue el aliento de su enemigo lo que le delató, porque de lo contrario Billy hubiera sido ensartado por el puñal sin darse cuenta. Pero el tipo que estaba a su espalda respiraba con ansiedad, dándose cuenta de que tenía a su alcance el golpe mortal. Con demasiada ansiedad para no ser oído.

Billy se volvió en fracciones de segundo.

El cuchillo ya le rozaba. Logró desviarlo con la rodilla, aun a costa de recibir una leve herida.

El individuo que ahora estaba frente a él lanzó un grito. Llevaba una barba larga y espesa y sus ojos desencajados parecían los de un loco. Hizo girar rápidamente el cuchillo para atacar por el otro lado.

Le sirvió de muy poco.

De un salvaje puntapié en la sien, Billy lo envió contra uno de los divanes, que rompió estruendosamente.

El tipo aún intentó removerse.

Conservaba el cuchillo.

Billy le pisó brutalmente la mano con que lo sostenía, hasta romperle los huesos. El alarido de dolor ensordeció la casa. El tipo de la barba perdió el sentido y sus ojos quedaron en blanco.

Billy lo olvidó por unos momentos. Llamó:

—¡Yolanda!

Nadie le contestó.

El silencio era en la casa tan duro y espeso como una losa de plomo.

—¡Yolanda!

Nadie le contestó tampoco.

El joven abrió entonces la puerta de uno de los dormitorios.

Yolanda estaba allí.

Sobre la cama.

Casi abierta en canal.

Entre un lago de sangre.

El asesino debía haber limpiado el cuchillo en sus ropas, porque éstas tenían unos, trazos oscuros y siniestros en los bordes de la falda. Los ojos de la hermosa mujer estaban desencajados.

Billy quedó como petrificado.

Aquello lo habían hecho mientas sacaban el cuerpo de Roswell. Alguien había entrado a traición por una de las ventanas posteriores, aprovechando que no había nadie en la casa, excepto la propia víctima. Y ese alguien tenía que ser el cuchillero que ahora yacía sin sentido en la habitación contigua.

Billy salió de allí.

Y se sentó en una butaca, jumo al hombre, que iba reponiéndose poco a poco.

Lo primero que hizo fue mirar su mano destrozada, sintiendo que las oleadas de dolor llegaban hasta su cráneo.

Luego miró a Billy.

Había algo en los ojos de éste.

Algo extraño.

Y sin embargo, no parecía muy afectado. Simplemente reponía las balas gastadas en su revólver.

El asesino farfulló:

—Déjame escapar… Baker te dejará también huir si me permites que salga.

—Sí, hermano.

—Tenemos dinero… No perderás el tiempo, te lo juro. Podrás huir y encima llevarte unos dólares…

—Sí, hermano.

El asesino se dio cuenta entonces de la terrible realidad.

Billy le miraba como si él ya estuviese muerto.

Como si ya no fuera un ser humano.

El asesino alzó las manos.

—¡No…!

Apenas hubo tiempo para que el grito se perdiera en el aire.

Billy disparó seis veces. Disparó seis veces frenéticamente, sin tomarse tiempo ni para respirar.

El asesino quedó convertido en una verdadera criba.

Y Billy volvió a recargar el revólver maquinalmente mientras murmuraba:

—Tengo preparada vuestra tumba, perros.

CAPÍTULO IX

LA TIERRA DE NADIE

Lo primero que Billy comprendió, cuando sus sentimientos se serenaron un poco, fue que las dos mujeres y los dos hombres que quedaban vivos en River serían acribillados cuando volvieran del cementerio. Era absolutamente seguro que los hombres de Baker los atacarían a traición y los harían trizas.

Por tanto debía avisarles.

Se deslizó también por una de las ventanas traseras y oteó el horizonte. No había visto salir a Chalmers, aunque daba por descontado que debía haber ido al improvisado cementerio con los otros. De pronto lo vio allí, manoseando en su sombrero. Se hallaba a poca distancia dé la casa, sentado en una pila de troncos de árbol.

Billy murmuró:

—¿No ha ayudado a enterrar a Roswell?

—Me han dicho que no hacía falta. Y, la verdad, yo no he insistido porque ya estoy harto de muertos.

—Lo comprendo. Pero esto se pone muy mal, Chalmers.

—Sí. Ya he oído una cadena de tiros.

—He liquidado al asesino de Yolanda.

Chalmers volvió la cabeza bruscamente.

—¿Quiere decir que…?

—Sí. Baker ha culminado su venganza. La han asesinado salvajemente, pero el culpable lo ha pagado ya. Y ahora lo pagará el cerdo más gordo de todos, el jefe de la cuadrilla.

Chalmers hizo un gesto de desesperación.

—Hum… Yo no lo veo tan fácil. Aunque si llevara una pila de

cartuchos dentro de mi sombrero se los metía en la boca a Baker, con la mecha encendida. ¡El muy hijo de perra! ¡Matar a una chica como Yolanda…!

—Liquidar a Baker vendrá después. De momento hay que avisar a los otros o caerán en una trampa.

—Vamos. Estarán al volver.

Los dos hombres se deslizaron en dirección al río.

En efecto, en aquel momento vieron volver el pequeño cortejo. Billy los miró y se dijo amargamente que eran menos cada vez. Ahora ya sólo estaban Añila y su madre, Griffith y Rex. Pero, ¿pero Rex dónde paraba? Billy se asombró al no verle volver con los otros.

Les hizo un gesto para que se detuvieran.

Y quedaron quietos unos instantes, contemplándose dramáticamente, oyendo solo el rumor turbulento de las aguas del río.

Billy murmuró:

—¿Dónde está Rex?

Silvia volvió la cabeza.

—Se ha sentido mal —dijo.

—¿Tan pronto?

—Más vale que afrontemos los hechos como son —dijo la hermosa mujer—. Se ha sentido tan mal de pronto que ya no ha querido moverse de junto a la tumba de su amigo. Hubiéramos tenido que arrastrarle hasta la población y nos ha pedido que no lo hiciéramos. Total, ¿para qué? El sabia que hubiéramos tenido que devolverlo al mismo sitio poco después, de modo que ya se ha quedado allí. No creo que lardeen morir.

Billy ya había conseguido hacerse a la idea de que estaban todos condenados a muerte, pero no pudo evitar quedar consternado ante aquélla, nueva tragedia. De modo que ya sólo quedaban Griffith y él… Todo consistía en saber a quién le tocaría antes.

Añila musitó:

—Vamos. No debimos dejar a Yolanda sola.

—No hace falta que corras tamo, Añila.

—¿Por qué?

—Yolanda ha muerto.

La noticia produjo el efecto de un latigazo en la cara de la muchacha. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Sus facciones

parecieron hacerse más pequeñas, más bonitas. Pasaba por ellas la marca de un hondo sufrimiento.

Billy musitó:

—Pero ya ha sido vengada.

—¿La ha asesinado Baker?

—Lino de sus hombres. Pero repito que ya ha sido vengada.

—La venganza no me sirve de nada, Billy.

—En cierto modo lo comprendo.

Ella volvió a guardar silencio. Se apoyó en un tronco junto al rió, y Billy pensó que jamás había visto una mujer tan bonita. Las manos de Anita se habían unido sobre su regazo, pero temblaban nerviosamente.

Se produjo otro silencio entre ellos.

Un silencio denso, cargado de presagios.

Griffith musitó al fin, mirando a la muchacha:

—Anda, díselo.

Billy los miró a los dos.

—¿Qué ha de decirme?

Anita había vuelto los ojos hacia él. Los clavaba en los suyos con una fijeza casi hipnótica.

—Billy… —susurró—, todos estamos condenados a muerte. Desengañémonos. Ninguno de nosotros verá el sol de mañana.

—No me cuentas ninguna novedad, muñeca.

—Griffith, mi madre y yo hemos pensado que nos haría ilusión una cosa. Algo así como la última voluntad de unos condenados a muerte, ¿entiendes?

—Claro que sí.

—Está en tu mano concederlo. Es para ti lo más sencillo del mundo.

—No sé a qué te refieres.

—Nos gustaría que nadie pudiera tocar nuestras tumbas.

—Es un deseo más que razonable —musitó Billy.

—Pero difícil de que se cumpla.

—¿Porqué?

—No sé si has pensado en eso: nuestros amigos no están enterrados en el cementerio. Los sepultamos sin darnos cuenta cerca de donde estaban los otros, es decir junto al río. Y ahora, mientras veníamos, Griffith y yo hemos reparado en eso. La tierra en que

descansaremos es propiedad comunal. Cualquiera puede coger y arrojar de allí nuestros cuerpos.

Billy se estremeció.

Resultaba terrible hablar de eso, pero comprendía que la muchacha tenía razón.

—La verdad, no se me había ocurrido pensar en eso —murmuró —, y veo difícil evitarlo. A todos nosotros, una vez sepultados, nos pueden desenterrar y arrojar de allí como si fueran los huesos de unos simples perros.

—Sólo tú puedes evitar eso —murmuró Anita.

—¿Yo?

—Eres registrador de terrenos deshabitados.

—Cierto. ¿Y qué?

—Toda esta ciudad y sus lindes están deshabitados. Sus habitantes han huido. ¿Quieres decirme cuál es la situación legal de una tierra como ésta?

Billy se frotó la mandíbula pensativamente.

—Ciertamente es una tierra abandonada —musitó—. Por causas de fuerza mayor, desde luego. Pero una tierra abandonada.

—Entonces haz una cosa: en el edificio donde estaba instalada la junta de vecinos encontrarás los libros de registro de propiedades. Tú puedes certificar que están abandonadas en esta fecha y adjudicarlas de nuevo. Nosotros las reclamamos. Ni las casas ni las pertenencias. Sólo las tierras.

Billy no pudo evitar un cierto gesto de asombro.

Musitó:

—¿Porqué?

—Nadie podrá así arrojarnos de nuestras tumbas. Seremos los propietarios de la tierra en que descansaremos eternamente.

—La cosa tiene lógica —murmuró Billy.

—Pues hazlo.

—Es que me temo que con ello puedo perjudicar a los vecinos de River.

—¿Perjudicarlos? ¿Crees que van a volver alguna vez? ¿Has visto alguna vez una ciudad sacudida por la peste que se repueble de nuevo? Lo único que harán algún día será echarnos de nuestras tumbas porque dirán que somos malditos…

Billy asintió.

—De modo que tendría que adjudicaros toda la ciudad y sus lindes, con exclusión de edificios y pertenencias. Pero ¿de qué iba a servir eso a unos cadáveres?

—Ya te lo he dicho: les daría el derecho al reposo eterno.

—¿Y a nombre de quién tendría que inscribirlo?

—De los que llegamos aquí. Del grupo que formábamos Rex, Roswell, Griffith, mi madre y yo. Y tú habrás de incluirte también, naturalmente. Y hasta si quieres puedes incluir a Yolanda.

—Pero ¿cómo voy a atribuir propiedades a personas que ya están muertas? .¡Los muertos, según declara la ley, son incapaces de adquirir derechos!

—Nadie sabe si en el día de hoy están muertos o no —dijo tenazmente Añila—. Lo único que se sabrá, cuando alguien llegue junto a las tumbas, es que son propietarios de esta tierra. Y nadie les molestará. El descanso eterno es lo único que queremos.

Billy volvió a frotarse la mandíbula pensativamente.

—No tengo nada que objetar —dijo al fin—. Es un deseo muy razonable.

—¿Lo cumplirás?

—Claro que sí.

—Entonces vamos. Al edificio de la junta de vecinos se puede llegar siguiendo la línea del río. Tal vez lo alcancemos sin que los pistoleros de Baker nos molesten.

El joven asintió y emprendieron el camino.

Avanzaban con precauciones.

Pero también debía tomar precauciones Baker, a quien le quedaban ya muy pocos hombres. Por eso nadie les molestó hasta que llegaron al edificio que buscaban.

Éste era una casa destartalada donde había un despacho medio devorado por la carcoma. En un estante el polvo cubría un libro encuadernado en piel y cuyo titulo era: «Registro de las propiedades de la población de River.» Como había tan pocos vecinos allí, apenas estaban ocupadas las dos primeras docenas de hojas.

Billy se sentó ante la mesa, tomó la pluma de ave que descansaba en un tintero y escribió detrás de la última una sencilla fórmula legal. En ella daba cuenta del abandono de la población, de tal modo que las tierras quedaban vacantes. Acreditaba que unas personas —cuyos nombres consignó cuidadosamente— le

reclamaban las tierras abandonadas porque pensaban explotarlas, y él se las concedía en cumplimiento de la ley. No puso su nombre entre los reclamantes porque le dio vergüenza hacerlo y porque, inscribiéndose él mismo entre los beneficiados, hubiera quitado legalidad al acto. No podía ser juez y parte.

Tendió el libro a Anita para que lo leyera.

—¿Qué te parece?

—Perfecto. ¿Hemos de firmar nosotros?

—La ley no lo exige, gracias a Dios, porque de lo contrario no sé los muertos cómo firmarían.

—¿Cómo no te has incluido tú?

—He pensado que eso convertiría el acto en ilegal. Mi cargo me impide reclamar tierras para mí mismo.

—Tienes razón —dijo Anita—. No había pensado en eso.

—Pues ya lo tienes todo resuelto. Ahora puedes…

Se detuvo porque la palabra le pareció de mal gusto. Anita rió amargamente.

—Ahora ya puedo morirme, ¿no?

—No he dicho eso.

Y Billy volvió a mirar el libro mientras añadía:

—Ahora pienso que convendría hacerlo firmar también por un testigo. El testigo podría ser Chalmers, a quien no se menciona entre los beneficiarios.

Como si aquel nombre hubiera sido un sortilegio, .Chalmers apareció en aquel momento en la puerta del local. Venía muy pálido y sus manos temblaban ostensiblemente.

—Creo que los hombres de Baker están tomando posiciones —farfulló—. Los he visto por todas partes.

Billy alzó la cabeza.

—¿Cuántos son?

—Me ha parecido contar seis o siete.

—No les será tan fácil acabar con nosotros. Chalmers, ¿quiere firmar al pie de esta hoja?

—¿Qué pasa? ¿Me toca una chica?

—Por ahora no, pero no pierdas las esperanzas.

Chalmers leyó la hoja, hizo al fin un gesto de asentimiento y firmó.

—En otras circunstancias me hubiera sabido mal no figurar en el

reparto —dijo—. Pero ahora, ¿de qué sirve?

—Realmente de nada.

—Si no nos mata hoy mismo la peste nos matarán los hombres de Baker. Por cierto… Oíd.

Todos prestaron atención.

Era apenas un susurro, pero llegaba bien a sus oidos. El susurro de unas botas al avanzar por los porches. Varias botas a la vez.

—Ahí están…

Billy murmuró:

—Hacen demasiado ruido al arrastrar los pies. No les va a salir tan bien como esperaban. Vamos…

Extrajo el revólver y se acercó a la puerta de la calle.

El susurro se repitió.

Billy hizo un gesto de decisión, salió a la calle apretando el revólver y entonces…

¡Entonces supo que iba a morir!

CAPÍTULO X

LOS NUEVOS PROPIETARIOS

Todo aquello había sido una cochina trampa.

Lo que arrastraban los malditos pistoleros de Baker era un cadáver sujeto por una cuerda. Su cuerpo y especialmente sus botas rozaban sobre las tablas del porche y producían el efecto de varios hombres que se deslizaran poco a poco.

De modo que Billy, sin perder un segundo, disparó maquinalmente contra el lugar de donde procedía el ruido. Y no falló la puntería, desde luego. Pero lo único que hizo fue rematar a un cadáver.

Los hombres de Baker esperaban al otro lado.

Dos de ellos estaban en el porche frontero, mientras otro, el que había arrastrado el cadáver, quedaba a espaldas de Billy.

Era éste el más peligroso y el que hubiera acabado con Billy fácilmente, de no haber intervenido Griffith. Griffith disparó dos veces desde una de las ventanas del primer piso. De los dos tipos que estaban enfrente, uno cayó llevándose las manos a la cara, y el otro rodó por el suelo intentando escapar.

El que estaba a espaldas de Billy alzó el revólver, pero había perdido unas décimas de segundo preciosas al mirar cómo sus compañeros caían. Cuando apretó el gatillo, Billy ya había tenido tiempo de lanzarse a tierra.

La bala pasó un poco alta.

Sólo le rozó la cabeza.

Billy disparó dos veces, tirando casi al nivel de las tablas del suelo, porque supo que su enemigo se dejaría caer también. Y en

realidad así fue. El pistolero mismo pareció ir al encuentro de las balas.

Una brusca quietud se abatió sobre la calle.

Pero el pistolero del porche frontero aún se arrastraba sobre el polvo y aún intentaba disparar. Billy, de bruces sobre el porche, le quitó todas las preocupaciones con una bala entre las cejas.

Comprendió que ahora no podía perder tiempo.

Baker estaría desorientado. Era el momento de atacar por sorpresa y acabar con él.

Recargó las balas que faltaban y avanzó pegado a las paredes, sin hacer el menor ruido. Al llegar a la esquina se detuvo porque no sabía lo que había más allá.

Contuvo la respiración, tratando de captar el menor sonido. Pero toda la ciudad parecía definitivamente abandonada. Por un momento pensó incluso si Phil Baker y los tres hombres que debían quedarle no estarían tratando de huir.

Al fin le pareció captar aquel leve susurro.

Llegaba del tejado del edificio en que él se apoyaba ahora. El tejado que estaba justamente encima suyo.

Billy alzó el revólver poco a poco, con una lentitud exasperante, procurando no causar el menor roce.

Cuando la cabeza de su enemigo apareció por encima del borde del tejado, él ya estaba apuntando.

Sonó una sola detonación. El pistolero cayó hacia atrás, al haber penetrado la bala por debajo de su mandíbula. Luego resbaló por la superficie lisa del tejado y terminó desplomándose sobre la calle.

Billy había confiado en que aquel hombre fuera Baker, pero no lo era. El asesino y al menos dos de sus hombres aún continuaban vivos. Era ahora cuando el trabajo entraba en su fase más peligrosa.

Griffith gritó desde la puerta:

—¿Te ayudo?

—Ocúpate de proteger a las dos mujeres. Con eso ya hay bastante.

Inmediatamente Billy se dio cuenta de que acababa de cometer un terrible error.

Al hablar en voz alta, había delatado a sus enemigos el lugar en que estaba. Inmediatamente, desde una esquina situada a unas veinte yardas, alguien disparó con un rifle.

La bala era de calibre pesado. Hizo temblar la pared, a unos dedos a la izquierda de la cabeza del joven.

Éste se pegó al sudo otra vez.

Ocultó la cabeza tras la base de una de las columnas del porche.

Pero dos balas más del rifle castigaron aquella columna, hasta hacerla ceder. Billy llegó a pensar que todo el porche se le vendría encima.

No era eso lo peor.

Otro hombre con un «Winchester» avanzaba por el lado izquierdo.

Se detuvo a unos veinte pasos, sin que el joven le viera, y se echó el rifle a la cara.

—¡Cuidado, Billy!

Era Añila la que había gritado desde una de las ventanas, al tiempo que disparaba con un revólver. No logró abatir al pistolero, a pesar de que era un blanco relativamente fácil. Pero al menos permitió a Billy darse cuenta del terrible peligro que corría. El joven sujetó el revólver con las dos manos y disparó contra el del «Winchester», haciendo que sus rodillas se doblasen mientras apretaba el gatillo. Las balas del rifle fueron a hundirse en el sudo.

Mientras tanto el del otro lado empezaba a retirarse. Se daba cuenta de que la pelea estaba perdida y trataba de salvar la piel. Pero alguien disparó entonces contra su espalda.

La bala le rozó la nuca y le inmovilizó.

Baker gritó brutalmente:

—¡Quieto! ¡La próxima vez tiraré a dar!

—¡Hemos de retirarnos! ¡Nos acorralarán!

—Te equivocas. ¡Es un solo hombre!

—Pero tira como un diablo!

—¡Aguanta ahí unos minutos! ¡Voy a buscar caballos!

El pistolero asintió.

Pero no estaba muy seguro de lo que Baker pretendía hacer. Tal vez quisiera tenerlo allí, aguantando las balas, mientras él disponía de tiempo para largarse.

Y sus sospechas resultaron ciertas.

Al cabo de unos instantes no oyó el rumor de dos caballos, sino el de uno solo.

Baker se disponía a doblar la esquina.

El pistolero aulló:

—¡Quieto, maldito! ¡Trae otro caballo! ¡No me dejes aquí…!

Pero Baker ya no le necesitaba. Le envió una bala a los pies sólo para que se estuviese quieto.

El otro corrió hacia él.

—¡Maldito perro…! —aulló.

Baker apuntó fríamente.

Aquel hombre era un obstáculo en su camino. Ya no lo necesitaba.

Apretó el gatillo, y la cabeza del pistolero sufrió una brutal sacudida hacia atrás.

Luego Baker sopló en el cañón del «Colt» y picó espuelas.

Tenía una buena posibilidad de huir si lograba vadear el Blue River. Desde primeras horas de la mañana el agua ya no bajaba tan impetuosa, y enfrente de la población había un pequeño vado. Dejando atrás el río, ya era muy difícil que alguien le siguiese.

Cruzó velozmente por delante de la última de las casas.

No llegó a ver nada.

Sólo sintió el choque del cuerpo que de repente había caído sobre él, llegando a través del aire.

Los dos rodaron por el suelo.

El caballo lanzó un relincho mientras chapoteaba en las aguas del río.

Los dos hombres rodaron por la orilla, salvajemente abrazados. Baker, al fin, logró desembarazarse y saltar hacia atrás. Chocó de espaldas contra la pared de la última casa.

Había perdido el revólver en la pelea, al caer, pero le quedaba su cuchillo. Lo desenvainó con un gesto fulminante.

Billy, en cambio, conservaba su «Colt». Y la verdad fue que no le dio ninguna vergüenza disparar contra un hombre que sólo llevaba un cuchillo. Baker merecía eso y mucho más. Pero cuando iba a apretar el gatillo, ocurrió algo que no esperaba.

Baker lanzó el arma certeramente, enviándola recta al corazón de su enemigo. Billy logró ladearse con unas décimas de segundo de tiempo. Donde estaba el lado izquierdo de su cuerpo, apareció bruscamente el derecho, con el brazo por delante.

Por eso el impacto no fue mortal, aunque sí terriblemente doloroso. La hoja de acero se clavó en el brazo derecho del joven,

que hubo de soltar el «Colt» mientras lanzaba un gruñido.

Baker no perdió ni un segundo.

Saltó ágilmente, sujetó el mango del cuchillo que acababa de lanzar y propinó un brutal puntapié al cuerpo de Billy, de modo que éste cayó al suelo mientras su enemigo volvía a apoderarse del cuchillo, que se desclavó automáticamente.

El alarido de triunfo de Baker se oyó en toda la pequeña población.

Se lanzó sobre su enemigo, con el cuchillo por delante, seguro de ensartarle a la primera.

Pero no contaba con las piernas de Billy, que se dispararon como dos catapultas.

Baker se estremeció de dolor al ser alcanzado en el bajo vientre. Cayó de rodillas, se dominó y atacó de nuevo. Hizo un zigzag con el cuchillo, acercándose a Billy, que aún no había recobrado del todo la vertical.

Billy sentía un agudo dolor en su brazo derecho, casi inutilizado. Tenía el revólver muy cerca, y hasta había posibilidades de sujetarlo con la mano izquierda, pero no se atrevió a iniciar el movimiento porque quedaría casi indefenso ante el ataque de Baker.

Éste barbotó:

—Anda… ¿No te atreves a recoger el revólver? ¿Es que ya no lo necesitas?

Billy inició el gesto de ir a tender la mano izquierda, que era lo que esperaba su enemigo. Quedó unos instantes en posición crítica, teniendo completamente indefenso el lado derecho. Por allí atacó Baker como estaba previsto. Pero no contó con que Billy lo había calculado todo bien y estaba en situación de disparar su pierna derecha, mientras se apoyaba en la izquierda.

Baker recibió en la mandíbula el impacto brutal de la bota. Vaciló unos instantes, sin soltar el cuchillo.

La izquierda de Billy salió disparada como un zurriagazo. El mentón de Baker hizo un siniestro «chaaas».

Ahora los dos hombres se abrazaron de nuevo, mientras caían pesadamente al río. Billy no podía mover apenas su brazo derecho, pero Baker tenía en cambio la desventaja de estar medio K.O., y de haber perdido su cuchillo después del terrible izquierdazo.

El agua los cubrió.

Era una salvaje lucha a muerte en la que sólo podía triunfar el que tuviera más músculos y más pulmones.

Y en musculatura andaba peor Billy, porque tenía el brazo derecho herido, pero en cambio sus pulmones resultaban insuperables. Abrazó a su enemigo sin permitirle sacar la cabeza del agua. Los dos formaban, un bulto compacto en el fondo del río, como si ambos estuvieran dispuestos a morir.

Baker intentó librarse de la presión de los brazos de su enemigo. Intentó salir.

¡Ya no le importaba vencer a Billy! ¡Sólo quería salir de allí! ¡Respirar!

Sus pulmones estallaban.

Alzó desesperadamente las manos hacia la superficie del agua, como si pudiera respirar por ellas. Incluso su cabeza logró sobresalir unos segundos. Pero Billy la volvió a hundir.

El haber tragado un poco de aire fue peor aún para Baker. Se desesperó al encontrarse de nuevo bajo el agua. Y braceó desesperadamente, sin saber ya lo que hacía, tragando agua como un condenado.

Billy seguía resistiendo.

Había momentos en que tampoco podía más. En que su cráneo parecía una bomba a punto de hacerse pedazos.

Al fin su enemigo se movió más débilmente cada vez, y entonces Billy pudo arriesgarse a sujetarlo solamente con las piernas, manteniéndolo en el fondo del río, mientras él asomaba la cabeza por la superficie. Tragó aire ansiosamente. Estaba tan agotado cuando salió, que incluso le parecía haber perdido el sentido de la vista.

Poco a poco fue reaccionando.

Las fuerzas volvieron a él. Braceó hasta la orilla y luego se arrastró por ésta hasta llegar a tierra firme.

Allí vio a Anita.

Ella le ayudó a ponerse en pie y a llegar hasta el porche de la primera casa, donde Billy se derrumbó pesadamente.

Anita bisbiseó:

—¿Baker está muerto?

—Está en el fondo del agua. Dentro de unas horas aparecerá su

cadáver. Ya no molestará más.

—Hay que curarte ese brazo, Billy.

—No tiene importancia.

—Podría gangrenarse más adelante si no lo desinfectamos. Ven. En el almacén hay alcohol de sobra.

Avanzaron hacia allí. No se veía a nadie más en la población, terriblemente desierta. Los dos llegaron a tener la sensación de ser los últimos habitantes del mundo.

—¿Dónde están los otros?

—Querrás decir mi madre, Chalmers y Griffilh. No queda nadie más.

—A ellos me refería.

—Están en la Junta de Vecinos, donde tú les dejaste. No

se han atrevido a salir de allí,

—Lo comprendo perfectamente. Aunque después de todo, ¿qué importaba morir de un modo o de otro?

Ella le derramó *whisky* sobre la herida.

Billy contuvo un gemido de dolor.

—Tiene gracia, muchacha —dijo unos instantes después, mientras ella le limpiaba la herida con un paño impregnado en alcohol.

—No le veo la gracia por ninguna parte.

—Tú me curas esto para que no se produzca gangrena. ¿Pero crees que va a haber tiempo de eso?

—No lo sé.

—Resulta terrible hablar de una cosa así. Pero tal como han ido las otras muertes, ¿cuánto crees que nos queda a nosotros? Todo ha sido tan rápido…

Ella no contestó.

Una nube de tristeza flotaba en sus ojos.

—Por favor, Billy, no pienses en eso.

—Me gustaría no pensar… —y Billy bebió un largo trago de *whisky*, para dominar el dolor—. Pero aún me parece ver a aquel pobre niño, la primera víctima. Es como si lo tuviera ante los ojos otra vez. Y me ocurre algo peor. No sé explicártelo, muñeca.

Ella le animó.

—Sigue bebiendo. No pienses en eso, Billy.

—Ya bebo, ya… Creo que me hará bien emborracharme. Tal vez

así me olvide de todo. Pero hay otro pensamiento siniestro que no se me quita de la cabeza, Anita: el último que muera quedará sin enterrar.

—Tal vez el último, como tú dices, no muera. Ya sabes que el contagio no tiene por qué alcanzar a todos.

El bebió otro trago.

Los efectos combinados del alcohol y la fatiga Se producían un terrible sopor.

—Me gustaría que al menos te salvaras tú, Anita —susurró, mientras ella le vendaba.

—Tengo grandes posibilidades. Me encuentro perfectamente, ¿sabes?

—Yo también, pero… bueno, creo que estoy un poco mareado.

—Sigue bebiendo. Si duermes unas horas luego te sentirás mucho mejor.

—Antes de caer derrumbado como un borracho quisiera decirte una cosa, Anita. Quiero que la sepas porque tal vez no vuelva a despertar.

—¿Qué es, Billy?

—Te amo. Es curioso que me dé cuenta ahora, cuando ya no sirve de nada. Pero te amo locamente. Y me sabe muy mal lo de…, lo de…

—¿Lo de anoche?

—Sí, muñeca. Nunca me lo perdonarás.

—Todos estamos perdonados, Billy. Si nos enfrentamos a la muerte, ¿por qué no vamos a perdonar?

Billy bebió otro trago.

Todo daba vueltas en torno suyo.

—Si quedas tú viva, Anita… —musitó—. Si quedas tú viva prométeme que no mirarás mi cadáver. Entre la vida y la muerte no hay ninguna relación, ¿sabes? ¡Ninguna! Cuando una persona muere, no se parece en nada a la que fue en vida. Ni tiene que ver nada con ella. Por Dios, prométeme que no mirarás mi cadáver.

—Te lo prometo, Bill.

—Otra cosa, aún otra cosa. Si tú quedas viva, prométeme que serás feliz. Prométeme que te casarás con un hombre que te quiera y te olvidarás de esta maldita pesadilla.

Los ojos de la muchacha brillaban.

Quizá había en ellos un rastro delator de lágrimas.

Pero los cerró un momento y aquel rastro desapareció.

—Te lo prometo, Billy. Pero tú no morirás.

El hundió la cabeza sobre la mesa junto a la cual estaba sentado.

Sus ojos se cerraron.

No podía más.

Anita dejó sobre el mostrador los vendajes y el alcohol y se retiró lentamente.

Desde la puerta, tres personas contemplaban en silencio aquello. Eran tres sombras altas, quietas. Griffith, Silvia, Chalmers. Los supervivientes. Dos de ellos, Silvia y Griffith, estaban también entre los nuevos dueños de aquella tierra.

Silvia llevaba bajo el brazo el libro registro de tierras.

Desde la puerta miró a Billy y luego a Anita, que se acercaba en silencio.

—¿Duerme? —preguntó.

—Sí. Está muy cansado y le he hecho beber. Es mejor así.

—Cierto… Es mejor así. Vamos.

Y todos desaparecieron silenciosamente, incluso Chalmers, con su sombrero de copa…

CAPÍTULO XI

DESPIERTA, MUCHACHO (Y MUERETE SI PUEDES)

Bill sentía un espantoso dolor de cabeza. Pero incluso en sueños se daba cuenta de que no era un dolor físico, sino moral. Estaba sufriendo una pesadilla alucinante de la que no conseguía librarse por muchos esfuerzos que hacía.

Le parecía ver a los muertos otra vez.

El primero al chiquillo.

El pobre chiquillo sufriendo, gimiendo, pidiendo piedad al destino, mientras sus facciones se volvían negras.

Luego veía a James, su padre.

Su padre que quiso ser enterrado junto a él.

Veía aquella procesión de muertos entre los cuales yacería él mismo dentro de muy poco.

Movió la cabeza desesperadamente, intentando borrarlos de sus sueños.

Pero no pudo.

Estaban clavados en sus sesos con la fuerza de una bala.

Cuando borraba por unos momentos aquella pesadilla, otra vez volvía a empezar.

Vio al niño.

AI niño que sufría, que se negaba a morir.

Un rictus de pena se marcaba en las facciones inmóviles de Billy.

Seguía viendo al niño.

El pequeño que pedía piedad a un destino demasiado cruel con él.

El pequeño que caminaba de puntillas.

El pequeño que sujetaba una botella de *whisky*.

Una lucecita pareció encenderse en el cerebro de Billy.

¿Eh?

¿*Whisky*?

¿Para qué quieren el *whisky* los muertos?

Aquello era una pesadilla, pero hasta las pesadillas tienen su lógica, y el joven se daba cuenta de ello. Allí había algo que parecía no concordar.

Pero pronto esa idea se disipó. Billy estaba aturdido y hundido en sus pensamientos.

¡Pobre pequeño!

¡Y pobre de su padre, que lo había visto morir!

Su padre que estaba en la puerta.

Y que recogía de manos del niño la botella de *whisky*.

Otra vez la lucecita roja se encendió.

¿*Whisky*?

¿*Whisky* para los muertos?

Billy alzó la cabeza de pronto.

Sus ojos turbios miraron por todas partes.

Nada.

El almacén abandonado, lleno de géneros. La mesa en que él había estado apoyado. La silla en que se sentaba, y que parecía tambalearse.

El joven se pasó la mano por la boca.

¡Maldito sueño! ¡Qué extraña pesadilla!

Luego tendió la mano maquinalmente hacia el mostrador, donde recordaba que Anita había dejado la botella de licor. Pero sus dedos tocaron el vacío. La botella ya no estaba.

Parpadeó.

¿Cómo era posible?

¡El recordaba perfectamente que la muchacha la había dejado allí!

¡Estaba borracho, pero no tanto!

Miró al suelo.

Tampoco la botella había caído.

Billy arqueó los labios en una mueca de duda y se puso en pie pesadamente. Todo daba vueltas en torno suyo, pero al fin los objetos se centraron. Avanzó hacia la puerta.

El viento de la calle le hizo bien.

Respiró hondamente y se sintió mejor. Entonces avanzó poco a

poco hasta el edificio de la Junta de Vecinos, donde ya estuvo antes. Como necesitaba apoyarse un poco en las paredes, no hizo ruido. Llegó a la puerta y se asomó por ella.

Y entonces la vio.

La botella de *whisky*, claro.

Y algunas cosas más.

Como por ejemplo el chiquillo, que estaba contando unos cuantos billetes de a veinte dólares.

Como por ejemplo su pobre padre.

Como por ejemplo a todos…, ¡a todos aquellos condenados muertos!

CAPÍTULO XII

BILLY DEVUELVE LA MONEDA

(AUNQUE ESO LE SIRVA DE POCO)

Lo primero que hizo Billy fue abandonar el hueco por el que miraba y apoyarse en la pared.

Sin duda continuaba soñando.

Lo segundo que hizo fue palparse el cuerpo.

Lo notó todo en su sitio. (Cuerno, ¿y si no soñara?)

Lo tercero que hizo fue atizarse un mamporro en la herida.

Y vio las estrellas, incluidos unos cuantos planetas y toda la constelación del Centauro.

De modo que… ¡no soñaba!

¡Los muertos estaban vivos!

Y, por lo que había visto, ¡se disponían a largarse de la ciudad!

Billy se frotó los ojos.

Caminó hasta la esquina tambaleándose.

Y una vez allí se dejó caer en un banco que había en el porche. Volvió a frotarse los ojos. No entendía nada, absolutamente nada.

Y entonces oyó aquellos pasos.

Un taconeo alegre que se aproximaba.

Y vio a la muchacha.

¡Qué piernas! ¡Qué cinturita! ¡Qué cara! ¡Sobre todo qué cara…!

Añila tropezó porque él había tendido ex profeso la pierna. Cayó en sus brazos mientras un gritito de asombro.

Susurró:

—Billy…

La chica tenía unos ojos abiertos como platos.

Billy la sujetó por los hombros.

—Me temo que el alcohol no ha acabado de tumbarme del todo, muñeca —dijo—. Y lo siento porque vas a tener trabajo. Vas a tener que explicarme todo esto si es que alguien puede explicarlo de alguna manera.

Ella tartamudeó.

Parecía estar al borde de sus fuerzas.

Pero al cabo de unos instantes, con voz tartajeante, musitó:

—Quizá deba explicar las cosas por…, por el principio…

—Será mejor. Hazlo.

—Verás… Silvia no es mi madre. Es sólo mi maestra. Mi maestra en el arte de engañar a los otros, claro. Es una estafadora a la que llaman La Capullo y La Chelo.

Billy estaba sin respiración.

Anita continuó:

—No he podido nunca negarles nada porque en el fondo ellos han sido los únicos seres de este mundo que se han ocupado de mí. Me recogieron cuando era una niña, me cuidaron y me enseñaron. Algo parecido a lo que ocurre ahora con ese niño que murió, y que ya empieza a ser un actor consumado. Griffith, Rex y Roswell forman con nosotros una banda a los que en muchos sitios llaman Los Leones, porque no dejan nada. Y un mal día se enteraron de que justo aquí, en esta zona, a orillas del Blue River, había oro.

—No me digas…

—Pero no podían hacer nada porque los terrenos estaban registrados y tenían dueño. Entonces idearon la peste. Con unos cómplices, como el chiquillo, su padre, etcétera…, intoxicaron las aguas de los pozos de que se nutre River. Nada temible, porque ninguna persona iba a morir de eso, pero los vómitos y los desmayos se produjeron en cadena. Sólo faltó que uno de los forasteros se tiñese hábilmente la cara de negro, «muriera» en plena calle principal y fuera «enterrado» . por sus compañeros para que se desatase el pánico. Aquello era la peste negra. La gente huyó como alma que lleva el diablo. En fin, ya lo viste.

—¿De modo que todas las tumbas estaban vacías?

—Vacías. Ya viste que siempre los entierros los hicimos nosotros y no te dejamos intervenir ati. Ni siquiera tocar los cadáveres, para

que no notaras la capa de maquillaje.

Billy estaba asombrado.

Casi no podía respirar.

Pero al fin hizo un esfuerzo y susurró:

—¿Y yo? ¿Qué pinto en todo esto?

—Tú eres la pieza esencial. Como registrador de bienes vacantes, podías hacer nada menos que la ciudad fuera legalmente nuestra. Seguíamos tus movimientos y nos hicimos los encontradizos en tu diligencia en el último minuto. Como llegamos a la ciudad contigo, ¿por qué ibas a sospechar que nosotros formábamos parte del truco? Yo me empeñé en quedarme, fingiendo una gran valentía, y tú caíste en la trampa. Ya sabíamos que eras un hombre bueno y generoso. Me dolió mucho meterte en esto, y mucho más me dolía ahora dejarte solo aquí, aunque no corrías ningún peligro.

—¿Adonde ibais?

—A buscar materiales para iniciar la explotación. Todo esto es nuestro.

—¿Y Chalmers también entra en el juego?

—No, Chalmers no. Ni siquiera sé dónde está ahora.

—De modo que es el golpe más fabuloso de vuestra vida, ¿no?

—Un golpe increíble. ¡Somos multimillonarios! ¡Somos fabulosamente ricos! Pero quiero que tú tengas tu parte, Billy. Lo de aquella noche, cuando entré en tu habitación, fue verdad. Yo te quiero, Billy. Ha habido una parte falsa, pero otra dolorosamente auténtica. Yo te quiero. No debemos separarnos…

Billy, en silencio, le pasó las dos manos por delante de los ojos.

Ella bisbiseó:

—¿Qué haces?

—Ayudarte a despertar, nena.

—¿Porqué?

—Porque yo me llamo Billy, como el verdadero registrador, pero nuestros apellidos ya no coinciden. No soy el verdadero registrador.

Ella parecía aterrada.

—¿Qué…, qué dices?

—Lo que oyes, muñeca. No soy el registrador, sino un fugitivo de un penal, donde estaba por pistolero y amigo de las broncas. Me perseguían sañudamente cuando encontré el cuerpo de un hombre al que habían matado los bandidos para robarle. Unos bandidos que

seguramente eran los mismos hombres de Baker. No le habían dejado más que la documentación, y de eso me apoderé yo, así como de sus ropas bien cortadas, antes de arrojar el cuerpo a las aguas tumultuosas del río y seguir huyendo. Con el poco dinero que tenía, me convertí en una especie de gent/eman y me propuse llegar a Kansas en mi huida. Para que nadie sospechara, di el nombre del registrador, enseñé sus documentos y viajé en diligencia a la vista de todo el mundo. Eso fue lo que os engañó. De modo que las firmas en el libro que conserváis no son válidas. De modo que, muñeca… Nada de nada.

Ella tenía la boca abierta.

Estaba cómica.

¡Pero tan bonita!

En el fondo…, ¡tan indefensa!

—¡Dios santo! —musitó—. ¡Con todo lo que hemos trabajado!

—Lo siento, muñeca. Más valdrá que os dediquéis a otra cosa.

Ella cerró la boca lentamente.

—Yo no lo siento, Billy. ¿Sabes? Ahora, de repente, me doy cuenta de que no lo siento.

—¿Por qué?

—Porque te quiero y porque te he conseguido a ti. Porque me doy cuenta de que tú también me amas. Sólo por eso, ¿te parece poco? Además, si te unes a nosotros no todo está perdido. Tenemos grandes proyectos. Hay una zona minera abandonada en Nuevo México. No tiene valor, pero… ¡pensamos venderla! Silvia hará el papel de una gran dama, y yo el de una chica inocente que ha encontrado oro. El chiquillo será mi pobre hermanito. ¡Y tú puedes ser un técnico! ¡Lo que te digo, Billy! ¡A vivir!

Y le cerró los brazos en torno al cuello, besando su boca. La besó de tal modo que Billy pensó:

«Dirás mejor a morir, muñeca…»

EPÍLOGO

Seguían besándose.

Estaban tan entusiasmados que no se dieron ni cuenta de que alguien se había detenido junto a ellos.

Chalmers carraspeó.

Pero como si nada.

Aquellos besos eran de aúpa.

Chalmers musitó:

—Eh, amigos…

No le oyeron.

Los dos tenían bastante con mirarse a los ojos.

Ella musitó:

—Nos casaremos, Billy.

—Cuanto antes.

—Ahora mismo.

—Ahora mismo no puede ser. No tenemos una licencia de matrimonio en regla.

—Iremos a buscarla.

Chalmers hizo de nuevo:

—¡Ejeeeeem…!

Billy le miró al fin.

—¿Qué hace usted aquí? ¡Al menos no moleste!

—Es que he oído hablar de matrimonio…

—Usted no pinta nada en esto.

—Es que…

—¡Déjenos! ¿No ve que estamos «ocupados»?

Billy fue a besar de nuevo a la muchacha, mientras ésta se disponía a colaborar con entusiasmo. Chalmers se quitó entonces el sombrero de copa y por su calva resbaló un papelito.

Lo puso en las manos de Billy.

Este quiso rechazarlo.

—¿Pero aún está aquí? ¿No le he pedido que se largue? —Es que he oído que iban a casarse.

—¡Y dale!

—No se ofenda, hombre. Es lo último que llevaba en mi sombrero de copa. Está firmada por un juez y sólo falta poner los nombres. ¡Es nada menos que una licencia de bodas!

FIN

Notas

[1] En la época de este relato no sé conocían los microbios, pues Luis Pasteur no había llegado al fondo de sus investigaciones, y no había tampoco sistemas eficaces de vacunación contra las epidemias, de las que la llamada «peste negra» resultaba la más terrible, despertando en todas partes una sensación de castigo divino y de supersticioso temor (N. del A.). <<